

II. Historial clínico y análisis

Estimado profesor: Le envío otro pequeño fragmento sobre Hans, pero esta vez, desdichadamente, contribuciones para un historial clínico. Como lo leerá usted, en los últimos días se le ha desarrollado una perturbación nerviosa que nos tiene muy intranquilos a mi mujer y a mí porque no podemos hallar ningún medio para eliminarla. Me tomaré la libertad (...) de visitarlo mañana, no obstante lo cual (...) le anticipo por escrito el material disponible.

Sin duda ha sido una hiperexcitación sexual por ternura de la madre, pero no sé indicar el excitador de la perturbación. El miedo de que *un caballo lo muerda por la calle* parece entramado de alguna manera con el hecho de que le asusta un pene grande. Como usted lo sabe por una nota anterior, en su momento él reparó ya en el pene grande del caballo, y entonces sacó la conclusión de que la mamá, puesto que es tan grande, por fuerza ha de tener un hace-pipí como el de un caballo. [Cf. pág. 10.]

No atino a hallar nada pertinente. ¿Habría visto en alguna parte a un exhibicionista? ¿O el todo se anuda solamente a la madre? No nos resulta agradable que desde ahora empiece a plantear enigmas. Salvo el miedo de andar por la calle, y su desazón al atardecer, sigue siendo el mismo, divertido, alegre.

No haremos nuestros ni la comprensible preocupación del padre ni sus primeros intentos de explicación, sino que examinaremos, para empezar, el material comunicado. Es que nuestra tarea no consiste en «comprender» enseguida un caso clínico; sólo habremos de conseguirlo tras haber recibido bastantes impresiones de él. Provisionalmente dejaremos nuestro juicio en suspenso {*in Schweben*}, y prestaremos atención pareja {*gleich*} a todo lo que hay para observar.

Pues bien; he aquí las comunicaciones iniciales, de los primeros días de este año de 1908:

Hans (4¾ años) aparece a la mañana llorando; la mamá le pregunta por qué llora, y él dice: «Cuando dormía he pensado tú estabas lejos y yo no tengo ninguna mami para hacer cumplidos».¹

Por tanto, un sueño de angustia.

Algo parecido le he notado ya en el verano en Gmunden. Al anochecer, las más de las veces se iba a la cama con un talante muy sentimental, y una vez hizo la observación (aproximada): «Si yo no tuviera ninguna mami, si tú te fueras», o cosa parecida; no lo recuerdo con exactitud. Por desgracia, cuando él estaba con ese talante elegíaco, la mamá lo acogía siempre en su lecho.

Más o menos el 5 de enero se llegó temprano a la mamá, que estaba en la cama, y le dijo con esa ocasión: «¿Sabes tú? Tía M. ha dicho: “Pero qué lindo pichilín” tiene»». (La tía M. se había alojado en nuestra casa unas cuatro semanas antes; cierta vez vio cómo mi mujer bañaba al muchacho, y de hecho le dijo quedamente eso a mi mujer. Hans la oyó, y procuraba aprovecharlo.)

El 7 de enero va, como de costumbre, al Stadtpark³ con la niñera; por la calle empieza a llorar y pide que lo lleven a casa, quiere «hacer cumplidos» con la mami. Cuando en casa le preguntan por qué no quiso seguir y se puso a llorar, no quiere decir nada. A la tarde está alegre como de costumbre; al anochecer tiene visible angustia, llora y no se lo puede separar de la mamá; una y otra vez quiere hacerse cumplidos con ella. Después recobra la alegría y duerme bien.

El 8 de enero, mi propia mujer lo saca de paseo para ver qué pasa con él, y lo lleva a Schönbrunn, adonde le gusta mucho ir. De nuevo empieza a llorar, no quiere seguir camino, tiene miedo. Al fin va, pero por la calle, es visible, siente angustia. En el viaje de regreso de Schönbrunn dice a la madre, tras mucha renuencia: «*Tuve miedo de que un caballo me mordiera*». (De hecho, en Schönbrunn se intranquilizó cuando vio un caballo.) Al anochecer me dicen que tuvo un ataque parecido al del día anterior, con pedido de hacer cumplidos. Se lo tranquiliza. Dice llorando: «Sé que mañana me llevarán de nuevo a pasear», y luego: «El caballo entrará en la pieza».

¹ La expresión de Hans para «acariciar». [Nota del padre.]

² Pichilín {*Pischl*} = genitales. Mimoteos de los genitales infantiles, de palabra o de obra, por los tiernos allegados —aun los propios padres— son sucesos harto comunes, de que rebosan los psicoanálisis.

³ [Parque municipal situado cerca del centro de Viena.]

Ese mismo día, la mamá le pregunta: «¿Te pasas la mano por el hace-pipí?». Y sobre eso, él dice: «Sí, cada anochecer, cuando estoy en la cama». Al día siguiente, 9 de enero, le previenen, antes de la siesta, que no se pase la mano por el hace-pipí. Preguntado al despertar, dice que se la pasó durante un ratito.

Sería ese, pues, el comienzo de la angustia así como el de la fobia. Desde ahora reparamos en que tenemos buen fundamento para separarlas entre sí. Por lo demás, el material parece en un todo suficiente para orientarnos, y ningún otro punto temporal es tan favorable al entendimiento como este estadio inicial que, por desdicha, las más de las veces se descuida o se silencia. La perturbación se introduce con unos pensamientos tiernos-angustiados, y luego con un sueño de angustia. Contenido de este último: perder a la madre, de suerte que él ya no pueda hacerse cumplidos con ella. Es fuerza, pues, que la ternura hacia la madre se haya acrecentado enormemente. Es el fenómeno básico de su estado. Recordemos además, por vía confirmatoria, sus dos intentos de seducir a la madre, el primero de los cuales se produjo todavía en el verano [pág. 18], y el segundo, un simple encomio de su genital, poco antes de que estallara su angustia a andar por la calle. Es esta acrecentada ternura por la madre lo que súbitamente se vuelca en angustia; lo que, según nosotros decimos, sucumbe a la represión {esfuerzo de desalojo}. Todavía no sabemos de dónde proviene el empuje para la represión; acaso resulte meramente de la intensidad de la moción, no dominable para el niño; acaso cooperen otros poderes que todavía no discernimos. Más tarde lo averiguaremos. Esta angustia, que corresponde a una añoranza erótica reprimida, carece al comienzo de objeto, como toda angustia infantil: es todavía angustia y no miedo. El niño [al comienzo] no puede saber de qué tiene miedo, y cuando Hans, en el primer paseo con la muchacha, no quiere decir de qué tiene miedo, es que tampoco él lo sabe. Dice lo que sabe, que por la calle le falta la mamá con quien pueda hacerse cumplidos, y que no quiere apartarse de la mamá. Deja traslucir así, con toda sinceridad, el sentido primero de su aversión a andar por la calle.

Por otra parte, sus estados, por dos veces sucesivas repetidos al anochecer antes de acostarse, estados angustiados y, no obstante, de nítida coloración tierna, prueban que al comienzo de la enfermedad contraída no existía una fobia a andar por la calle o a pasear, ni tampoco a los caballos. Entonces, el estado del anochecer no quedaría expli-

cado; en efecto, ¿quién piensa, antes de dormir, en la calle y el paseo? En cambio, es por completo transparente que al anochecer se angustia mucho, pues antes de meterse en cama lo asalta, reforzada, la libido, cuyo objeto es la madre y cuya meta podría ser dormir junto a la madre. Es que ha hecho la experiencia de que en virtud de esos talentos podía, en Gmunden, mover a la madre a que lo acogiera en su lecho, y le gustaría conseguir lo mismo en Viena. De pasada, no olvidemos que en Gmunden estaba a veces solo con ella, pues el padre no podía pasar ahí las vacaciones íntegras; además, allí distribuía su ternura entre sus compañeros de juego, amiguitos y amiguitas, y al faltarle estos aquí, su libido pudo regresar de nuevo entera a la madre.

La angustia corresponde entonces a una añoranza reprimida, pero no es lo mismo que la añoranza; la represión cuenta también en algo. La añoranza se podría mudar en satisfacción plena aportándole el objeto ansiado; para la angustia esa terapia no sirve, ella permanece aunque la añoranza pudiera ser satisfecha, ya no se la puede volver a mudar plenamente en libido: la libido es retenida en la represión por alguna cosa.⁴ Es lo que se muestra en Hans a raíz del segundo paseo, cuando la madre lo acompaña. Ahora está con la madre, a pesar de lo cual tiene angustia, es decir, una añoranza de ella no saciada. Es cierto que la angustia es menor, se lo puede mover a pasear, mientras que a la muchacha de servicio la obligó a volver a casa; y, además, la calle no es el lugar conveniente para «hacerse cumplidos» o lo que el pequeño enamorado gustara de hacer. Pero la angustia ha resistido la prueba y ahora se ve precisada a hallar un objeto. En ese paseo se exterioriza por primera vez el miedo a ser mordido por un caballo. ¿De dónde viene el material de esta fobia? Probablemente, de aquellos complejos todavía desconocidos que contribuyeron a la represión y mantienen en estado reprimido la libido hacia la madre. Es todavía un enigma de este caso, cuyo ulterior desarrollo hemos de perseguir para hallar su solución. El padre ya nos ha proporcionado ciertos puntos de apoyo que quizá sean confiables: Hans observa a los caballos siempre con interés a causa de su hace-pipí grande, es fuerza que la mamá tenga un hace-pipí como el de un caballo, etc. Así, se creería, el caballo es sólo un sustituto de la mamá. Pero, ¿qué significa que Hans al anochecer

⁴ Dicho formalmente: llamamos «angustia patológica» a una sensación de añoranza angustiada desde el momento en que ya no se la puede cancelar aportándole el objeto ansiado.

exteriorice el miedo de que el caballo entre en la pieza? Una tonta idea angustiada de un niño pequeño, se dirá. Pero la neurosis no dice nada tonto, como tampoco lo dice el sueño. Insultamos siempre que no comprendemos algo. Es un modo de facilitarse la tarea.

De esta tentación debemos guardarnos todavía en otro punto. Hans ha confesado que su pene le ocupa con fines de placer todas las noches antes de dormirse. «¡Ah! —dirá el médico práctico—. Ahora todo está claro. Todo está en su sitio: el niño se produce un sentimiento masturbatorio de placer». Pero eso en modo alguno nos explica su angustia; al contrario, la vuelve más enigmática. Estados de angustia no son provocados por masturbación; no lo son, en general, por una satisfacción. Y además tenemos derecho a suponer que nuestro Hans, ahora de 4¾ años, se permite ese contento desde hace ya un año (cf. pág. 9) cada anoche, y nos enteraremos [págs. 27-8] de que justamente ahora se encuentra en la lucha por deshabituarse, lo cual condice mejor con la represión y la formación de angustia.

También debemos tomar partido en favor de su buena, y por cierto que harto cuidadosa, madre. El padre la inculpa, no sin una apariencia de justicia, de haber contribuido al estallido de la neurosis por su ternura hipertrófica y su aquiescencia demasiado frecuente a recibir al niño en su lecho; nosotros, de igual modo, podríamos reprocharle haber apresurado el advenimiento de la represión por su enérgico rechazo de sus cortejos («Es una porquería» [pág. 18]). Pero ella desempeña un papel fijado por el destino, y está en situación difícil.

Convine con el padre en que dijera al muchacho que lo del caballo era una tontería y nada más. Y que la verdad era que quería muchísimo a la mamá, y pretendía ser recibido por ella en su cama. Y que ahora tenía miedo de los caballos por haberse interesado tanto en el hace-pipí de ellos. Además, {Hans} había notado que era incorrecto ocuparse tan intensamente del hace-pipí, aun del propio, y esa era una intelección acertadísima. Por otro lado, propuse al padre internarse por el camino del esclarecimiento sexual. Puesto que, según estábamos autorizados a suponer por la prehistoria del pequeño, su libido adhería al deseo de ver el hace-pipí de la mamá, el padre debía sustraerle esa meta comunicándole que esta, y todas las otras personas del sexo femenino, como podía saberlo bien respecto de Hanna, no poseían hace-pipí alguno. Le dije que este último esclarecimiento se lo debía impartir en una oportunidad conveniente, a raíz de alguna pregunta o manifestación de Hans.

Las siguientes noticias sobre nuestro Hans abarcan el período del 1º al 17 de marzo. La pausa de un mes hallará pronto su explicación.

Al esclarecimiento⁵ sigue un período más tranquilo en que es posible mover a Hans, sin gran dificultad, a que vaya de paseo al parque todos los días. [Cf. pág. 82.] Su miedo a los caballos se muda más y más en la compulsión a mirarlos. Dice: «Tengo que ver a los caballos y entonces me da miedo».

Después de una influenza, que lo postra en cama por dos semanas, la fobia vuelve a reforzarse tanto que no se lo puede mover a salir; a lo sumo va al balcón. Todos los domingos viaja conmigo a Lainz,⁶ porque ese día se ven muy pocos carruajes por la calle y él solamente tiene que recorrer un corto trecho hasta la estación de ferrocarril. Cierta vez en Lainz se rehúsa a salir a pasear fuera del jardín porque frente a él está estacionado un carruaje. Después de otra semana que se ve obligado a pasar en casa porque lo operaron de amígdalas, vuelve a reforzársele mucho la fobia. Es cierto que va al balcón, pero no sale a pasear, vale decir, tan pronto llega a la puerta de calle da la vuelta rápidamente.

El domingo 1º de marzo, en el camino a la estación ferroviaria, se desarrolla la siguiente plática: Yo procuro volver a explicarle que los caballos no muerden: *El*: «Pero caballos blancos muerden; en Gmunden hay un caballo blanco que muerde. Si uno le acerca los dedos, muerde». (Me llama la atención que diga «los dedos» en lugar de «la mano».) Después cuenta la siguiente historia, que yo reproduzco en el orden de su secuencia: «Cuando Lizzi tuvo que partir de viaje {*wegfahren*}, un carruaje con un caballo blanco se detuvo frente a su casa; iba a llevar el equipaje a la estación». (Lizzi, según él me cuenta, es una niña que vivía en una casa vecina.) «El padre de Lizzi estaba cerca del caballo, y el caballo volvió la cabeza (para tocarlo), y él dijo a Lizzi: “No le pases los dedos al caballo blanco, de lo contrario te morderá”». Yo le digo sobre eso: «Escucha, me parece que no es un caballo lo que tú tienes en la mente, sino un hace-pipí, al que no se le debe pasar la mano».

⁵ Sobre el significado de su angustia; nada, todavía, sobre el hace-pipí de las mujeres.

⁶ Suburbio de Viena [contiguo a Schönbrunn], donde viven los abuelos de Hans.

El: «Pero un hace-pipí no muerde».

Yo: «Quizá, quizá», tras lo cual él quiere probarme vivamente que en realidad fue un caballo blanco.⁷

El 2 de marzo, cuando otra vez está con miedo, le digo: «¿Sabes una cosa? La tontería —así llama él a su fobia— perderá fuerza si sales de paseo más a menudo. Ahora es tan intensa porque tu enfermedad no te ha dejado salir de casa».

El: «¡Oh, no!, es tan intensa porque me sigo pasando todas las noches la mano por el hace-pipí».

Médico y paciente, padre e hijo, coinciden entonces en atribuir al hábito onanista⁸ el principal papel en la patogénesis del estado presente. Pero tampoco faltan indicios sobre la significatividad de otros factores.

El 3 de marzo ha ingresado en nuestra casa una muchacha nueva que despierta su particular complacencia. Como ella lo deja montarse a caballito mientras limpia las habitaciones, él la llama sólo «mi caballo» y de continuo la toma del vestido gritándole «¡Júoo!». El 10 de marzo, más o menos, dice a esta niñera: «Si haces esto o aquello, tendrás que sacarte toda la ropa, también la camisa». (Quiere decir, como castigo, pero es fácil discernir tras ello el deseo.)

Ella: «¡Bah! ¿Y qué hay con eso? Me haré a la idea de que no tengo ni para vestidos».

El: «Pero si eso es una chanchada; uno ve entonces el hace-pipí».

¡La antigua curiosidad volcada a un nuevo objeto y, como conviene a los tiempos de la represión, encubierta con una tendencia moralizante!

El 13 de marzo por la mañana digo a Hans: «¿Sabes una cosa? Si no te pasas más la mano por el hace-pipí, la tontería se te irá yendo».

Hans: «Pero si ya no me paso más la mano por el hace-pipí».

⁷ El padre no tiene razón alguna para poner en duda que Hans ha referido aquí un episodio real. — Las sensaciones de picazón en el glande, que mueven a los niños a tocarse, son por lo demás descritas regularmente así: «*Es beisst mich*» {«Me pica»; literalmente: «Me muerde»}.

⁸ [*Onanieangewöhnung*]; en las ediciones anteriores a 1924 figuraba erróneamente «*Onanieabgewöhnung*», «abandono del hábito onanista».]

Yo: «Pero sigues teniendo ganas de hacerlo».

Hans: «Sí, vaya, pero “tener ganas” no es “hacer”, y “hacer” no es “tener ganas”».(!!)

Yo: «Para que no tengas más ganas, hoy te daremos una bolsa de dormir».

Tras ello nos vamos a la puerta de casa. Tiene miedo, sí, pero visiblemente aliviado por la perspectiva de que la lucha le será más fácil, dice: «Bueno; mañana, cuando tenga la bolsa de dormir, se me pasará la tontería». De hecho, tiene *mucho* menos miedo a los caballos y, bastante tranquilo, deja que pasen los carruajes.

El domingo siguiente, 15 de marzo, Hans había prometido viajar conmigo a Lainz. Primero se revuelve, pero al fin accede a ir. En la calle, por ser pocos los carruajes, se siente visiblemente bien, y dice: «Qué lindo que el buen Dios ya ha soltado al caballo». Por el camino le explico que su hermana no tiene un hace-pipí como él. Niñitas y señoras no tienen hace-pipí. La mamá no tiene, Anna tampoco, etc.

Hans: «¿Tú tienes un hace-pipí?».

Yo: «Naturalmente, ¿qué te habías creído?».

Hans (tras una pausa): «Pero si las nenas no tienen un hace-pipí, ¿cómo hacen pipí?».

Yo: «No tienen un hace-pipí como el tuyo. ¿Todavía no has visto, cuando bañan a Hanna?».

Durante todo el día está muy contento, viaja en trineo, etc. Sólo hacia el atardecer se desazona de nuevo y parece tener miedo a los caballos.

Al anochecer, el ataque nervioso y la necesidad de hacer cumplidos son menores que los días previos. La jornada siguiente, la mamá lo lleva consigo por la ciudad y él tiene gran miedo en la calle. Al otro día, se queda en casa y está muy contento. La mañana que sigue, se levanta, angustiado, alrededor de las seis. Preguntado qué le ocurre, cuenta: «Me he pasado el dedo un poquitito por el hace-pipí. Entonces he visto a mami toda desnuda en camisa, y ella ha dejado ver el hace-pipí. Le he mostrado a Grete,⁹ a mi Grete, lo que hace mamá, y le he mostrado mi hace-pipí. Entonces he sacado rápido la mano del hace-pipí». Ante mi objeción de que sólo puede decir «en camisa» o «toda desnuda», Hans dice: «Ella estaba en camisa, pero la camisa era tan corta que le he visto el hace-pipí».

⁹ Grete es una de las niñitas de Gmunden, con quien Hans fantasea ahora, justamente; habla y juega con ella. [Nota del padre.]

El todo no es un sueño, sino una fantasía onanista, por lo demás equivalente a un sueño. Lo que hace hacer a la mamá sirve, evidentemente, para su justificación: «Si mami muestra el hace-pipí, yo también puedo hacerlo».

Por esta fantasía ya podemos averiguar dos cosas: la primera, que la reprimenda de la madre surtió en su momento un intenso efecto sobre él,¹⁰ y la segunda, que al comienzo no acepta el esclarecimiento de que las mujeres no tienen un hace-pipí. Lamenta que deba ser así, y se aferra a él en la fantasía. Quizá tenga también sus razones para denegar creencia al padre por el momento.

Informe semanal del padre:

Estimado profesor: Le adjunto la continuación de la historia de nuestro Hans, un fragmento muy interesante. Quizá me tome la licencia de visitarlo el lunes en su consultorio y, en lo posible, llevaré a Hans conmigo —suponiendo que él lo consienta—. Hoy le he preguntado: «¿Quieres ir conmigo el lunes a casa del profesor, que te puede sacar la tontería?».

El: «No».

Yo: «Pero si él tiene una nenita muy hermosa». — Tras eso condescendió bien dispuesto y contento.

Domingo 22 de marzo. Para ampliar el programa dominical, propongo a Hans viajar primero a Schönbrunn, y sólo a mediodía ir de ahí a Lainz. Entonces él no tiene sólo que salvar a pie el camino desde nuestra casa hasta la estación Hauptzollamt del ferrocarril metropolitano, sino también desde la estación Hietzing¹¹ a Schönbrunn, y desde aquí nuevamente hasta la estación Hietzing del tranvía a vapor, trayectos que él en efecto recorre apartando con rapidez la vista tan pronto se acercan caballos; es evidente que se siente angustiado. Al apartar la vista sigue un consejo de la mamá.

En Schönbrunn muestra miedo a animales que de ordinario miraba sin asustarse. Así, se niega absolutamente a entrar en el edificio donde está la *jirafa*; tampoco quiere ver al elefante, que de ordinario le daba mucho gusto. Tiene miedo a todos los animales grandes, mien-

¹⁰ [Presumiblemente se refiere a su amenaza de castración (pág. 9), pero véanse las puntualizaciones que se hacen sobre esto *infra*, pág. 31.]

¹¹ [La estación Hauptzollamt es la de la Aduana; Hietzing es un suburbio de Viena adyacente al palacio de Schönbrunn.]

tras que se divierte mucho con los pequeños. Entre los pájaros, esta vez siente miedo del pelícano, lo cual antes no ocurría; opino que es, evidentemente, a causa de su tamaño.

A raíz de ello le digo: «¿Sabes por qué tienes miedo a los animales grandes? Los animales grandes tienen un hace-pipí grande, y en verdad le tienes miedo al hace-pipí grande».

Hans: «Pero si nunca he visto el hace-pipí de los animales grandes».¹²

Yo: «Pero sí el del caballo, y el caballo también es un animal grande».

Hans: «¡Oh! El del caballo muchas veces. Una vez en Gmunden, cuando el carruaje estaba estacionado delante de la casa, una vez frente a la Aduana».

Yo: «Cuando eras pequeño, probablemente entraste en Gmunden en un establo...».

Hans (interrumpiéndome): «Sí, todos los días, cuando los caballos volvían a la casa, yo iba al establo...».

Yo: «...y probablemente tuviste miedo por haber visto alguna vez el gran hace-pipí del caballo, pero no necesitas tener miedo. Los animales grandes tienen un hace-pipí grande, los animales pequeños, un hace-pipí pequeño».

Hans: «Y todos los hombres tienen un hace-pipí, y el hace-pipí crece conmigo cuando yo me hago grande; ya está crecido».

Con esto concluye la plática. Los días siguientes el miedo parece otra vez un poco mayor; apenas si osa estar frente a la puerta de calle, adonde lo llevan después de comer.

El dicho consolador de Hans arroja luz sobre la situación y nos permite corregir un poco las aseveraciones del padre. Es verdad que siente angustia ante los animales grandes porque ellos lo fuerzan a considerar su gran hace-pipí, pero en rigor no se puede decir que a su vez tenga miedo del hace-pipí grande. Antes, en efecto, su representación de este último poseía un definido tinte placentero, y con todo celo intentaba procurarse su visión. Ese contento se le estropeó luego por el universal trastorno {*Verkehrung*} de placer hacia displacer, que, por un camino no esclarecido

¹² Esto es falso. Véase su exclamación ante la jaula del león, *supra*, pág. 10. Probablemente, un olvido incipiente a consecuencia de la represión.

aún, ha afectado toda su investigación sexual; y se le estropeó además —cosa más clara para nosotros— en virtud de ciertas experiencias y ponderaciones cuyos resultados fueron penosos. De su consuelo «el hace-pipí crece conmigo cuando yo me hago grande» se puede inferir que en sus observaciones él comparaba de continuo, y ha quedado muy insatisfecho con el tamaño de su propio hace-pipí. Los animales grandes le recuerdan ese déficit, y por esta razón le resultan desagradables. Pero parece probable que toda esa ilación de pensamiento no le pueda devenir conciente con claridad, por lo cual esa sensación penosa se le muda en angustia; así, su angustia presente se edifica tanto sobre el placer de antaño como sobre el displacer actual. Una vez establecido el estado de angustia, esta última devora todas las otras sensaciones; y a medida que la represión avanza, mientras más son empujadas a lo inconciente las representaciones portadoras de afecto que ya habían sido concientes, todos los afectos pueden mudarse en angustia.

La rara puntualización de Hans «ya está crecido», en el contexto del consuelo, permite colegir muchas cosas que él no puede declarar, y por cierto no ha declarado en este análisis. Agregaré un complemento tomado de mis experiencias en análisis de adultos, esperando que la intercalación no se juzgará violenta ni arbitraria. «Ya está crecido»: entendido como porfía y consuelo, hace pensar en la vieja amenaza de la madre, que le cortarían el hace-pipí si continuaba ocupándose de él. [Cf. pág. 9.] En aquel momento, cuando él tenía 3½ años, la amenaza no produjo efecto alguno. Respondió, impávido, que entonces haría pipí con la cola. Y se ajustaría por entero al comportamiento típico que la amenaza de castración adquiriera vigencia ahora, *con efecto retardado* {*nachträglich*}, y él entonces, 1¼ año después, estuviera con la angustia de ser despojado de esa querida pieza de su yo. Tales efectos retardados de mandamientos y amenazas recibidos en la niñez se pueden observar en otros casos clínicos, donde el intervalo llega a abarcar un decenio y más todavía. Hasta conozco casos en los cuales la «*obediencia de efecto retardado*» de la represión {esfuerzo de desalojo} desempeña la parte principal en el determinismo de los síntomas patológicos.¹³

El esclarecimiento que Hans ha recibido hace poco, a saber, que las mujeres efectivamente no poseen ningún hace-

¹³ [Se menciona otro caso de «obediencia de efecto retardado» en «Una neurosis demoníaca en el siglo XVII» (1923d), *AE*, **19**, pág. 89. En *Tótem y tabú* (1912-13), *AE*, **13**, pág. 145, se hace una aplicación sociológica del concepto.]

pipí, no pudo tener otro resultado que el de conmoverle su confianza en sí mismo y despertarle el complejo de castración. Por eso se revolvió contra esa comunicación y por eso ella no produjo éxito terapéutico: ¿Conque realmente existen seres vivos que no poseen un hace-pipí? ¡No sería entonces tan increíble que le quitaran el suyo; que, por así decir, lo hicieran mujer!¹⁴

La noche del 27 al 28, Hans nos sorprende levantándose de su cama en la oscuridad y metiéndose en la nuestra. Su habitación está separada de nuestro dormitorio por un retrete. Le preguntamos por qué, si acaso ha tenido miedo. Dice: «No, mañana lo diré»; se duerme en nuestra cama y luego es retirado a la suya. Al día siguiente lo interrogo para averiguar por qué vino a nosotros en la noche, y tras alguna renuencia se desarrolla este diálogo, que enseguida pongo por escrito estenográficamente:

El: «En la noche había en la habitación una jirafa grande y una jirafa arrugada, y la grande ha gritado porque yo le he quitado la arrugada. Luego dejó de gritar, y entonces yo me he sentado encima de la jirafa arrugada».

Yo (asombrado): «¿Qué? ¿Una jirafa arrugada? ¿Cómo era?».

El: «Así». (Coge rápido un papel, lo hace un bollo, y me dice:) «Así estaba arrugada».

Yo: «¿Y te has sentado encima de la jirafa arrugada? ¿Cómo?».

Torna a enseñármelo, se sienta en el suelo.

Yo: «¿Por qué viniste al dormitorio?».

El: «Yo mismo no lo sé».

Yo: «¿Has tenido miedo?».

¹⁴ No puedo interrumpir la trama lo bastante para mostrar cuánto de típico hay en estas ilaciones inconcientes de pensamiento que yo atribuyo aquí al pequeño Hans. El complejo de castración es la raíz inconciente más profunda del antisemitismo, pues ya en el cuarto de los niños el varoncito oye que a los judíos les han cortado algo en el pene —una parte del pene, cree él—, y esto le da derecho a despreciar al judío. Tampoco la arrogancia frente a la mujer tiene una raíz inconciente más poderosa que esta. Weininger, ese joven filósofo talentosísimo y sexualmente perturbado, que luego de su maravilloso libro *Geschlecht und Charakter* [1903] puso fin a su vida suicidándose, consideró con igual hostilidad, en un famoso capítulo, a los judíos y a la mujer, abrumándolos con los mismos denuestos. Weininger, como neurótico, estaba enteramente bajo el imperio de complejos infantiles; la referencia al complejo de castración es lo que allí tienen en común el judío y la mujer. [Freud emprendió un análisis más detallado del antisemitismo en una de sus últimas obras, *Moisés y la religión monoteísta* (1939a), AE, 23, págs. 86-8.]

El: «No, seguro que no».

Yo: «¿Fue un sueño el de las jirafas?».

El: «No, no lo he soñado; me lo he pensado. A todo me lo he pensado. Ya desde antes estaba levantado».

Yo: «¿Qué quiere decir “una jirafa arrugada”? Sabes bien que a una jirafa no se la puede comprimir como a un pedazo de papel».

El: «Sí que lo sé. Lo he creído simplemente. Por supuesto que no hay nada así en el mundo.¹⁵ La arrugada está toda tirada sobre el piso y yo la he quitado, la he tomado con las manos».

Yo: «¿Qué? ¿A una jirafa tan grande se la puede tomar con las manos?».

El: «A la arrugada yo la he tomado con la mano».

Yo: «¿Y dónde estaba la grande entretanto?».

El: «Mira, la grande estaba parada más allá».

Yo: «¿Qué has hecho con la arrugada?».

El: «La he tenido un poquito en la mano hasta que la grande dejó de gritar, y cuando la grande dejó de gritar me le he sentado encima».

Yo: «¿Por qué la grande ha gritado?».

El: «Porque yo le había quitado a la pequeña». (Advierte que yo anoto todo, y pregunta:). «¿Por qué escribes eso?».

Yo: «Porque se lo envió a un profesor que te puede quitar la tontería».

El: «Ajá. Entonces seguro has escrito que mami se sacó la camisa, y también se lo das al profesor».

Yo: «Sí, pero él no comprenderá cómo crees tú que se puede arrugar a una jirafa».

El: «Dile simplemente que yo mismo no lo sé, y entonces él no preguntará; pero si pregunta qué es la jirafa arrugada, puede escribirnos, y nosotros le escribiremos, o le escribimos ahora mismo, yo no lo sé».

Yo: «¿Por qué viniste a la noche?».

El: «Eso no lo sé».

Yo: «Dime rápido en qué piensas ahora».

<i>El</i> (bromeando): «En un jugo de frambuesas».	} Sus deseos.
<i>Yo:</i> «¿Y en qué más?».	
<i>El:</i> «En un fusil para disparar». ¹⁶	

¹⁵ Hans, en su lenguaje, dice terminantemente que fue una fantasía.

¹⁶ El padre ensaya aquí, en su desconcierto, poner en práctica la técnica clásica del psicoanálisis. No lo llevó lejos, pero lo obtenido

Yo: «¿De verdad no lo has soñado?».

El: «Seguro que no; no, lo sé terminantemente».

Sigue contando: «Mami me ha pedido mucho tiempo que le dijera por qué he ido a la noche. Pero no he querido decírselo porque al comienzo me daba vergüenza ante mami».

Yo: «¿Por qué?».

El: «Eso no lo sé».

En efecto, mi mujer le inquirió toda la mañana, hasta que él contó la historia de la jirafa.

Ese mismo día, el padre encuentra la resolución de la fantasía de la jirafa.

La gran jirafa soy yo o, más bien, el pene grande (el cuello largo); la jirafa arrugada, mi mujer o, más bien, su miembro; he ahí, por tanto, el resultado del esclarecimiento [pág. 28].

Jirafa: véase la excursión a Schönbrunn. [Cf. págs. 13 y 29.] Por otra parte, tiene colgada sobre su cama la imagen de una jirafa y de un elefante.

El todo es la reproducción de una escena que en los últimos días se desarrolla casi todas las mañanas. Hans siempre acude temprano a nosotros, y mi esposa no puede dejar de tomarlo por algunos minutos consigo en el lecho. Sobre eso yo siempre empiezo a ponerla en guardia, que es mejor que no lo tome consigo («La grande ha gritado porque yo le he quitado la arrugada»), y ella replica esto y aquello, irritada tal vez: que eso es un absurdo, que unos minutos no pueden tener importancia, etc. Entonces Hans permanece un ratito junto a ella. («Entonces la jirafa grande dejó de gritar, y luego yo me senté encima de la jirafa arrugada».)

La solución de esta escena conyugal transportada a la vida de las jirafas es, pues: él sintió en la noche añoranza de la mamá, añoranza de sus caricias, de su miembro, y por eso vino al dormitorio. El todo es la continuación del miedo al caballo.

Sólo sé agregar a la perspicaz interpretación del padre: El «sentarse encima» es probablemente la figuración de Hans para el «tomar posesión».* Ahora bien, el todo es

puede adquirir pleno sentido a la luz de elucidaciones posteriores. [Cf. págs. 82 y 92, n. 11.]

* {La palabra alemana para «posesión» («Besitz») tiene afinidad con la frase empleada por el niño, «sentarse encima» («Draufsetzen»)}.

una fantasía de porfía, anudada con una satisfacción por el triunfo sobre la resistencia paterna. «Grita todo lo que quieras, lo mismo mami me toma en la cama y mami me pertenece». Tras ella se colige, pues, lo que el padre conjetura: la angustia de no gustarle a la mamá porque su hace-pipí no puede medirse con el del padre.

A la mañana siguiente, el padre cosecha la confirmación de su interpretación.

Domingo 29 de marzo. Viajo con Hans a Lainz. En la puerta me despido de mi mujer en broma: «Adiós, Jirafa Grande». Hans pregunta: «¿Por qué jirafa?». Yo respondo: «La mami es la jirafa grande», tras lo cual Hans dice: «¿No es cierto que sí? ¿Y Hanna es la jirafa arrugada?».

En la estación de ferrocarril le explico la fantasía de las jirafas, sobre lo cual él responde: «Sí, eso es correcto»; y como yo le digo que la jirafa grande soy yo, pues el cuello largo le ha recordado a un hace-pipí, él dice: «Mami tiene también un cuello como una jirafa, yo he visto cómo se lavaba el blanco cuello».¹⁷

El lunes 30 de marzo, por la mañana temprano, Hans viene a mí y dice: «Escucha, hoy me he pensado dos cosas. ¿La primera? He estado contigo en Schönbrunn junto a los carneros, y entonces nos colamos por debajo de las cuerdas, y le hemos dicho eso al guardián a la entrada del jardín, y él nos ha atrapado». La segunda la ha olvidado.

Acerca de esto, señalo: Cuando el domingo quisimos ir a ver los carneros, ese recinto estaba cerrado con una cuerda, de suerte que no pudimos pasar. Hans se asombró mucho de que un recinto se cerrara sólo con una cuerda por debajo de la cual uno puede deslizarse fácilmente. Le dije que los hombres decentes no se deslizan por debajo de esa cuerda. Opinó que no obstante es facilísimo, a lo cual repliqué que entonces puede venir un guardián y llevárselo a uno. A la entrada de Schönbrunn hay un soldado de la guardia, acerca del cual en una oportunidad le dije a Hans que arrestaba a los chicos que no se portaban bien.

Al regreso de la visita que hice a usted, ese mismo día, Hans confesó todavía un pequeño fragmento de su

¹⁷ Hans corrobora sólo la interpretación de que las dos jirafas son padre y madre, no el simbolismo sexual que pretende ver en la jirafa misma una subrogación del pene. Probablemente este símbolo sea correcto, pero a Hans, en verdad, no se le puede pedir más.

concupiscencia por hacer algo prohibido. «Escucha, hoy a la mañana temprano volví a pensarme una cosa». «¿Qué?». «He viajado contigo en el ferrocarril, y hemos roto una ventanilla, y el guarda nos ha llevado».

La correcta continuación de la fantasía de las jirafas. El vislumbra que está prohibido ponerse en posesión {*sich in den Besitz zu setzen*} de la madre; ha chocado con la barrera del incesto.¹⁸ Pero lo considera prohibido en sí mismo. En todas las picardías prohibidas que él realiza en su fantasía está presente el padre, quien es encerrado con él. Es que, según él opina, el padre a pesar de todo hace eso prohibido enigmático con la madre, que él se sustituye por algo violento, como romper el vidrio de una ventanilla, penetrar en un recinto clausurado.

Esa tarde me visitaron padre e hijo en mi consultorio médico. Ya conocía yo al gracioso hombrecito, y siempre había tenido gusto en verlo, tan amoroso por su seguridad en sí mismo. No sé si se acordaba de mí, pero se comportó de manera intachable, como un miembro enteramente razonable de la sociedad humana. La consulta fue breve. El padre comenzó diciendo que a pesar de todos los esclarecimientos la angustia ante los caballos no había aminorado. Debimos confesarnos también que los vínculos entre los caballos ante los cuales se angustiaba y las descubiertas mociones de ternura hacia la madre eran poco abundantes. Detalles como los que conocí en ese momento —a saber, que le molestaba particularmente lo que los caballos tienen ante los ojos y lo negro alrededor de la boca— era evidente que no se podían explicar a partir de lo que sabíamos. Pero al ver a los dos así, sentados enfrente, al tiempo que escuchaba la descripción de su angustia al caballo, se me hizo la luz sobre otro fragmento de la resolución, que me resultó comprensible que se le escapara justamente al padre. Pregunté a Hans, en broma, si sus caballos llevaban gafas, cosa que él negó, y luego si su padre las llevaba, cosa que también negó, contra toda evidencia; le pregunté si con lo negro alrededor de la «boca» quería significar el bigote, y le revelé que tenía miedo a su padre justamente por querer él tanto a su madre. El no podía menos que creer, le dije, que el padre le tenía rabia, pero eso no era cierto: el padre le tenía cariño, y podía confesarle todo sin miedo. Que hacía mucho tiempo, antes que él viniera al mundo, yo sabía ya que llegaría un pequeño Hans que querría mucho a su madre, y por eso se vería obli-

¹⁸ [Cf. *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), AE, 7, pág. 205.]

gado a tener miedo del padre; y yo le había contado esto a su padre. «¿Por qué crees tú que te tengo rabia? —me interrumpió el padre en este punto—. ¿Acaso te he insultado o te he pegado alguna vez?». «¡Oh, sí!, tú me has pegado», lo rectificó Hans. «Eso no es verdad. ¿Cuándo, pues?». «Hoy por la mañana», indicó el pequeño, y el padre se acordó de que Hans inopinadamente lo chocó, con la cabeza, en el vientre, tras lo cual, como por vía de reflejo, él le había dado un golpe con la mano. Era notable que no hubiera recogido ese detalle dentro de la trama de la neurosis; pero ahora él lo entendía como expresión de la predisposición hostil del pequeño hacia él, quizá también como exteriorización de la necesidad de recibir a cambio un castigo.¹⁹

En el camino de regreso a casa, Hans preguntó al padre: «¿Acaso habla el profesor con el buen Dios, pues puede saberlo todo desde antes?». Me enorgullecería extraordinariamente esta admisión de labios del niño si yo mismo no la hubiera provocado con mis fanfarronadas en chanza. Desde esa consulta, recibí informes casi diarios sobre las alteraciones en el estado del pequeño paciente. No cabía esperar que mi comunicación lo librara de su angustia de un golpe, pero se demostró que ahora le era dada la posibilidad de presentar sus producciones inconcientes y desovillar su fobia. El siguió desde ese momento un programa que yo pude comunicar de antemano a su padre.

El 2 de abril se comprueba la *primera mejoría sustancial*. Mientras que hasta entonces no se lo podía mover a que permaneciera un tiempo largo ante la puerta de calle, y siempre que se acercaban caballos trotaba hacia adentro con todos los signos del terror, esta vez permanece una hora ahí, aunque pasan carruajes, lo cual es muy frecuente delante de nuestra casa. Una que otra vez corre adentro cuando ve venir a lo lejos un carruaje, pero enseguida retorna como si lo hubiera pensado mejor. Comoquiera que fuese, sólo subsiste un resto de angustia, y es inequívoco el progreso realizado desde el esclarecimiento.

Al anochecer dice: «Si ya vamos a la puerta de calle, también iremos al parque».

¹⁹ El muchacho repitió luego esta reacción frente al padre de una manera más nítida y completa, dándole primero un golpe sobre la mano y después besándole tiernamente esa misma mano. [Véase, en este sentido, la tercera parte (titulada «Los que delinquen por conciencia de culpa») del artículo de Freud «Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico» (1916d), *AE*, 14, págs. 338-9.]

El 3 de abril se llega a la mañana temprano hasta mi cama, mientras que los últimos días no lo había hecho y aun estaba orgulloso de esa abstención. Pregunto: «¿Por qué has venido hoy?».

Hans: «Hasta que no tenga miedo, no vendré más».

Yo: «¿Entonces vienes a mí porque tienes miedo?».

Hans: «Cuando no estoy contigo, tengo miedo; cuando no estoy contigo en la cama, entonces tengo miedo. Hasta que yo no tenga más miedo, no vendré más».

Yo: «Entonces tú me tienes cariño y te sientes ansioso cuando estás por la mañana temprano en tu cama, y por eso vienes a mí».

Hans: «Sí. ¿Por qué me has dicho que yo tengo cariño a *mami*, y tengo miedo por eso, si yo te tengo cariño a *tí*?».

El pequeño demuestra aquí una claridad realmente superior. Da a entender que en él luchan el amor al padre con la hostilidad hacia él a consecuencia de su papel de competidor ante la madre, y le reprocha que no le haya llamado la atención sobre este juego de fuerzas que necesariamente llevaba a la angustia. El padre no lo comprende del todo, pues sólo durante esta plática adquiere el convencimiento sobre la hostilidad del pequeño hacia él, que yo le había aseverado en nuestra consulta. Lo que sigue, que trascibo sin cambio alguno, es en verdad tan significativo para el esclarecimiento del padre como para el del pequeño paciente.

Por desgracia no capté enseguida el significado de esta objeción. Porque Hans tiene cariño a su madre, es evidente que quiere quitarme de en medio, pues así ocupa el lugar del padre. Este deseo hostil sofocado se convierte en angustia por el padre, y él viene por la mañana temprano a mí para ver si me he ido. Lamentablemente, en ese momento aún no lo había entendido, y le dije:

Yo: «Cuando tú estás solo, tienes nostalgia de mí y vienes a mí».

Hans: «Cuando te has ido, tengo miedo de que no vuelvas a casa».

Yo: «¿Alguna vez te he amenazado con no volver a casa?».

Hans: «Tú no, pero *mami* sí. *Mami* me ha dicho que no vuelve más». (Probablemente él se portaba mal, y ella lo amenazó con irse.)

Yo: «Te lo ha dicho porque te portabas mal».

Hans: «Sí».

Yo: «Entonces tienes miedo de que yo me vaya porque te portas mal, por eso vienes a mí».

Después del desayuno me levanto de la mesa, y Hans dice: «¡Papi, no te *trotas* de mí!». Me llama la atención que diga «trotas» {«*davonrennen*»} en lugar de «marches» {«*davonlaufen*»}, y le replico: «Oh, tienes miedo de que el caballo se trote de ti». A lo cual él ríe.

Sabemos que esta pieza de la angustia de Hans es de doble articulación: angustia *ante* el padre y angustia *por* el padre. La primera proviene de la hostilidad hacia el padre; la segunda, del conflicto entre la ternura, exagerada aquí por vía de reacción, y la hostilidad.

El padre prosigue:

Este es sin duda el inicio de un tramo importante. El hecho de que a lo sumo se atreva a llegar a la puerta de calle, pero no a alejarse {*weggehen*} de la casa, y vuelva atrás en mitad del camino al primer ataque de angustia, está motivado por el miedo de no hallar a los padres en casa por haberse alejado ellos. Se pega a la casa por amor a la madre; su miedo de que yo me aleje obedece a deseos hostiles hacia mí, pues entonces él sería el padre.

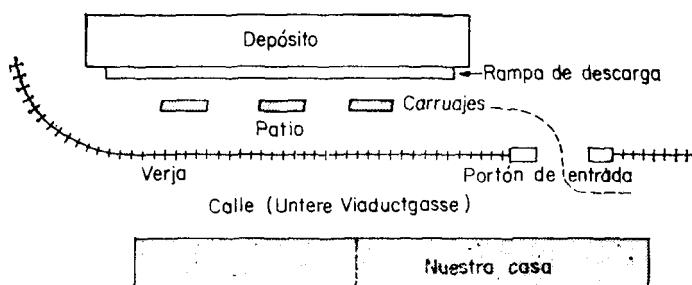
En el verano partí de viaje {*wegfahren*} repetidas veces de Gmunden para Viena, pues así lo exigía mi profesión; entonces, él era el padre. Le recuerdo que la angustia ante el caballo se anuda a la vivencia de Gmunden, cuando un caballo llevaría el equipaje de Lizzi a la estación de ferrocarril [pág. 26]. El deseo reprimido de que yo viaje {*fahren*} a la estación, pues así él queda solo con la madre («que el caballo parta de viaje»), deviene luego angustia ante el partir de viaje los caballos, y de hecho nada le produce mayor angustia que el partir un carruaje, ponerse en movimiento los caballos, desde el patio de la Aduana, frontero de nuestra vivienda.

Esta nueva pieza (ánimo hostil hacia el padre) sólo pudo salir a la luz después que supo que yo no le tengo rabia por tener él tanto cariño a la mamá.

Después de mediodía voy {*gehen*} de nuevo con él ante la puerta de calle; él de nuevo va {*gehen*} hasta allí y ahí se queda aunque pasen {*fahren*} carruajes, sólo ante algunos siente angustia y corre adentro del zaguán. Me explica también: «No todos los caballos blancos muerden»; o sea: por el análisis, algunos caballos blancos ya han sido discernidos como «papi»; esos ya no muerden, pero todavía quedan otros que lo hacen.

La situación en que está nuestra puerta de calle es la siguiente: Enfrente, el depósito de la Oficina Impositiva para Artículos de Consumo, con una rampa de descarga por la cual durante todo el día desfilan carruajes para retirar cestas, etc. Hacia la calle, una verja cierra ese patio. En línea recta frente a nuestra vivienda está el portón de entrada al patio (figura 2). Desde hace ya unos días noto que Hans tiene particular miedo cuando salen del patio o entran a él carruajes, para lo cual se ven precisados a virar. En su momento le he preguntado por qué tiene tanto miedo, y él respondió: «Tengo miedo de que los caballos se tumben cuando el carruaje da la vuelta» (A). Otro tanto teme cuando los carruajes, estacionados frente a la rampa de descarga, se ponen de repente en movimiento para seguir viaje (B). Además, tiene más miedo (C) a los caballos de tiro grandes que a los caballos pequeños, a los caballos rústicos más que a los elegantes (p. ej., los de coches de plaza). También tiene más miedo a un carruaje que pasa rápido (D) que si los caballos van al trote corto. Tales diferenciaciones, desde luego, sólo se han mostrado con nitidez en los últimos días.

Figura 2.



Yo diría que a consecuencia del análisis no sólo el paciente, sino también su fobia, han cobrado más coraje y se atreven a mostrarse. [Cf. pág. 101.]

El 5 de abril, Hans vuelve al dormitorio y es reenviado a su cama. Le digo: «Mientras sigas viniendo al dormitorio por la mañana temprano, no mejorarás de tu angustia a los caballos». Pero él desafía y responde: «Vendré, aunque haya de tener miedo». Vale decir, no quiere dejarse prohibir la visita a la mamá.

Después del desayuno nos disponemos a bajar. Hans

se alegra mucho y planea, en lugar de permanecer ante la puerta de calle, cruzar hasta el patio de la Aduana, donde a menudo ha visto jugar a unos pilluelos. Le digo que me alegrará si él cruza, y aprovecho la oportunidad para preguntar por qué tiene tanto miedo cuando los carros cargados se ponen en movimiento desde la rampa (B).

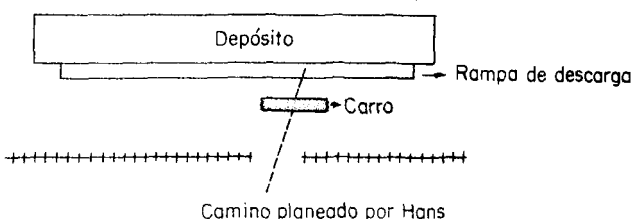
Hans: «Tengo miedo si yo estoy {*stehen*} en el carro y el carro parte de viaje {*wegfahren*} ligero, y yo estoy arriba y quiero ir ahí sobre la planchada» (la rampa de descarga) «y yo parto de viaje con el carro».

Yo: «¿Y si el carro está estacionado {*stehen*}? ¿En ese caso no tienes miedo? ¿Por qué no?».

Hans: «Si el carro está estacionado, yo voy {*gehen*} ligero sobre el carro y voy sobre la planchada». [Figura 3.]

(Hans planea, pues, treparse por un carro hasta la rampa de descarga, y tiene miedo de que el carro parta cuando está sobre este.)

Figura 3.



Yo: «¿Quizá temes no poder volver más a casa si partes con el carro?».

Hans: «¡Oh, no!; siempre puedo volver adonde está mamá, con el carro o con un coche de plaza. Yo puedo decirle el número de la casa».

Yo: «¿Entonces por qué tienes miedo en verdad?».

Hans: «Yo no lo sé, pero el profesor lo sabrá. ¿Crees tú que él lo sabrá?».

Yo: «Dime: ¿por qué quieres cruzar hasta la planchada?».

Hans: «Porque todavía nunca estuve ahí arriba, y me gustaría muchísimo estar. ¿Y sabes tú por qué iría? Porque querría subir los equipajes y cargarlos, y ahí me treparía por todos los equipajes. Muchísimo me gustaría treparme. ¿Sabes de quién he aprendido a treparme por ellos? Unos muchachos se treparon a los equipajes y yo los vi, y eso quiero hacer yo también».

Su deseo no alcanza cumplimiento, pues cuando Hans se anima otra vez ante la puerta de calle, los pocos pasos que da para cruzar hasta el patio le despiertan unas resistencias demasiado grandes, porque en él no dejan de pasar carruajes.

Y bien; el profesor sabe que este juego que Hans se propone con los carros cargados tiene que haber entrado en una referencia simbólica, sustitutiva, con otro deseo del cual él todavía no ha exteriorizado nada. Y ese deseo, si no pareciera demasiado osado, podría construirse desde ahora.

A la tarde vamos de nuevo frente a la puerta de calle, y al regreso le pregunto a Hans:

Yo: «Dime, ¿a qué caballos tienes más miedo?».

Hans: «A todos».

Yo: «No es verdad».

Hans: «Tengo más miedo a los caballos que tienen algo así en la boca».

Yo: «¿A qué te refieres? ¿Al hierro que llevan en la boca?».

Hans: «No, tienen algo negro en la boca» (se cubre la boca con la mano).

Yo: «¿Qué? ¿Acaso un bigote?».

Hans (ríe): «¡Oh, no!».

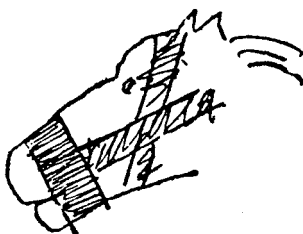
Yo: «¿Todos lo tienen?».

Hans: «No, sólo algunos».

Yo: «¿Qué es, pues, eso que llevan en la boca?».

Hans: «Algo negro así». (Yo creo que es en realidad el grueso correa que los caballos de tiro llevan sobre el hocico. [Figura 4.]) «También a un carro mudancero le tengo más miedo».

Figura 4.



Yo: «¿Por qué?».

Hans: «Yo creo que si los caballos de mudanzas tiran de un carro pesado se tumban».

Yo: «¿Entonces un carro pequeño no te da miedo?».
Hans: «No, con un carro pequeño o un coche correo no me asusto. También cuando viene una diligencia tengo más miedo».

Yo: «¿Porque es tan grande?».

Hans: «No, porque una vez un caballo de un carruaje así se tumbó».

Yo: «¿Cuándo?».

Hans: «Una vez cuando salí con mami a pesar de la tontería, cuando compré el chaleco». (Esto es confirmado con posterioridad por la madre.)

Yo: «¿Qué te pensaste cuando el caballo se tumbó?».

Hans: «Ahora eso será siempre. Todos los caballos se tumbarán en la diligencia».

Yo: «¿En toda diligencia?».

Hans: «¡Sí! Y también en el carro mudancero. En el carro mudancero no tan a menudo».

Yo: «¿En esa época ya tenías la tontería?».

Hans: «No, sólo ahí la he cogido. Cuando el caballo de la diligencia²⁰ se ha tumbado, me he asustado muchísimo, ¡de verdad! Esa vez que he ido, me la he cogido».

Yo: «Pero si la tontería era que te habías pensado que un caballo te mordería, y ahora dices haber tenido miedo de que un caballo se tumbaría».

Hans: «Se tumbará y morderá».²¹

Yo: «¿Por qué te asustaste tanto?».

Hans: «Porque el caballo hizo así con las patas». (Se tiende sobre el piso y me enseña el pataleo.) «Me he asustado porque él ha hecho un "barullo" con las patas».

Yo: «¿Dónde estuviste esa vez con mami?».

Hans: «Primero en la pista de patinaje, después en el café, después fuimos a comprar un chaleco, después en lo del pastelero con mami, y después volvimos a casa al anocheecer; atravesamos el parque». (Todo ello es confirmado por mi mujer; también, que la angustia estalló inmediatamente después.)

Yo: «¿Quedó muerto el caballo cuando se tumbó?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Cómo lo sabes?».

Hans: «Porque lo he visto» (ríe). «No, si no estaba muerto».

²⁰ [En las ediciones anteriores a 1924 figuraba aquí, por error, «del carro mudancero».]

²¹ Hans tiene razón, por inverosímil que suene esta unificación. El nexa es, en efecto, como se revelará, que el caballo (el padre) lo morderá a causa de su deseo de que él (el padre) se tumbe.

Yo: «Quizá creíste que estaba muerto».

Hans: «No, seguro que no. Sólo lo dije en broma». (Sin embargo, en ese momento su gesto era serio.)

Como está fatigado, lo dejo ir. Sólo me cuenta, todavía, que al principio tuvo miedo a los caballos de diligencia, después a todos los otros y sólo últimamente a los caballos de carro mudancero.

En el camino de regreso a Lainz, le pregunto aún:

Yo: «Aquel caballo de diligencia que se cayó, ¿qué color tenía? ¿Blanco, rosillo, marrón, gris?».

Hans: «Negro, los dos caballos eran negros».

Yo: «¿Era grande o pequeño?».

Hans: «Grande».

Yo: «¿Gordo o flaco?».

Hans: «Gordo, muy grande y gordo».

Yo: «Cuando el caballo se cayó, ¿pensaste en tu papi?».

Hans: «Quizá. Sí. Es posible».

Puede ser que el padre haya explorado sin éxito en muchos lugares; pero en nada perjudica procurarse el mayor conocimiento posible sobre una fobia así, que a uno le gustaría designar según su nuevo objeto. [Cf. pág. 101.] De ese modo llegamos a saber cuán difusa es en verdad. Recae sobre caballos y sobre carruajes, sobre unos caballos que se caen o que muerden, sobre caballos de un tipo particular, sobre carruajes con carga pesada. Revelemos desde ahora que todas esas peculiaridades se deben a que la angustia no valía originariamente para los caballos, sino que fue transportada a estos en un segundo momento y se fijó en aquellos lugares del complejo del caballo que resultaron apropiados para ciertas transferencias.²² Tenemos que reconocer, en particular, un resultado esencial de la inquisición del padre. Hemos averiguado la ocasión actual tras la que estalló la fobia. Fue cuando el muchacho vio caerse a un caballo grande y pesado, y al menos una de las interpretaciones de esa impresión parece ser la destacada por el padre, a saber, que Hans en ese momento sintió el deseo de que el padre se cayera de ese modo... y quedase muerto. Su gesto serio durante el relato abona sin duda ese sentido inconciente. ¿No se esconderá tras ello algún otro sentido? ¿Y qué significa el hacer barullo con las patas?

²² [Aquí el término «transferencia» está empleado en un sentido más amplio que el habitual en los escritos posteriores de Freud. Con este mismo sentido es usado en *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 5, págs. 554-5.]

Desde hace algún tiempo, Hans juega en la casa al caballo, trota en torno de la habitación, cae al suelo, patalea, relincha. En cierto momento se ata una bolsita a modo de morral. Repetidas veces se abalanza sobre mí, y me muerde.

Acepta, pues, las últimas interpretaciones más decididamente de lo que podría hacerlo con palabras, pero, desde luego, permutando roles, puesto que el juego está al servicio de una fantasía de deseo. En consecuencia, él es el caballo, él muerde al padre; por lo demás, así se identifica con el padre.

Desde hace dos días noto que Hans se revela contra mí de la manera más decidida, no insolente, sino con espíritu alegre. ¿Será porque ya no tiene miedo de mí, el caballo?

6 de abril. A la tarde, delante de la casa, con Hans. A cada caballo, le pregunto si le ve lo «negro en la boca»: lo niega para todos. Le pregunto qué aspecto tiene en verdad eso negro; dice que es un hierro negro. Por tanto, no se confirma mi primera conjetura, referida a los gruesos correajes en el arreo de los caballos de tiro. Le pregunto si lo «negro» le hace acordar a un bigote; dice: «Sólo por el color». Ahora no sé qué es eso en realidad.

El miedo es menor; esta vez ya se atreve a llegar hasta la casa vecina, pero se vuelve con rapidez cuando escucha un trote de caballos en la lejanía. Cuando un carruaje se acerca a la puerta de nuestra casa y se detiene, es presa de angustia y se mete en la casa pues el caballo escarcea. Le pregunto por qué tiene miedo, si acaso le angustia que el caballo haga así (pateo con el pie). El dice: «¡Pero no hagas ese barullo con los pies!». Compárese lo que él manifestó antes sobre el caballo de la diligencia caído.

Lo asusta en particular el paso de un carro mudancero. Se mete adentro de la casa. Le pregunto, con tono indiferente: «¿No es cierto que un carro mudancero se parece a una diligencia?». No dice nada. Repito la pregunta. Dice entonces: «Claro que sí, de otro modo no tendría tanto miedo a un carro mudancero».

7 de abril. Hoy vuelvo a preguntarle qué aspecto tiene eso «negro en la boca» de los caballos. Dice: «Es como un bozal». Lo curioso es que desde hace tres días no pase ningún caballo en que se pueda comprobar ese «bozal»; yo mismo en ningún paseo he visto un caballo así, por más que Hans asevere que los hay. Conjeturo que realmente una pieza de los arreos que los caballos llevan en

la cabeza —tal vez el grueso correa en torno del hocico— le ha hecho acordar a un bigote, y que también ese miedo ha desaparecido con mi indicación.

La mejoría de Hans es constante, aumenta su radio de acción con la puerta de calle como centro; incluso emprende la demostración, hasta entonces imposible para él, de cruzar corriendo a la acera de enfrente. Todo el miedo que le resta se entrama con la escena de la diligencia, cuyo sentido, por otra parte, no me es todavía claro.

9 de abril. Hoy por la mañana temprano, Hans se aparece cuando yo me lavo con el torso descubierto.

Hans: «¡Papi, mira qué lindo eres, tan blanco!».

Yo: «¿No es cierto? Como un caballo blanco».

Hans: «Sólo el bigote es negro» (siguiéndome el tren). «¿O es quizás el bozal negro?».

Le cuento luego que al atardecer del día anterior estuve en casa del profesor, y le digo: «El quiere saber algo», a lo cual Hans responde: «Tengo curiosidad por saber de qué se trata».

Le digo que yo sé a raíz de qué oportunidad él hace barullo con los pies. Me interrumpe: «¿No es cierto? Cuando tengo una rabieta o cuando debo hacer *Lumpf* y prefiero jugar». (Es verdad que cuando se encoleriza tiene la costumbre de hacer barullo con los pies, o sea, dar patadas sobre el piso. — «Hacer *Lumpf*» indica la necesidad mayor. Cuando Hans era pequeño, dijo un día, levantándose de la bacinilla: «¡Mira, el *Lumpf*!».²³ Esta designación ha subsistido hasta hoy. — En épocas muy anteriores, cuando debían sentarlo a la bacinilla y se rehusaba a dejar el juego, furioso daba golpes con los pies, pataleaba y eventualmente también se arrojaba al piso.)

Yo: «También pataleas cuando debes hacer pipí y no quieres ir porque te gustaría seguir jugando».

El: «Escucha, tengo que hacer pipí», y marcha a hacerlo, a modo de una corroboración.

En su visita, el padre me había preguntado a qué pudo hacerle acordar a Hans el pataleo del caballo caído, y yo le había respondido que bien pudiera tratarse de su propia reacción cuando retenía su orina. Es lo que Hans corrobora mediante la reemergencia de la necesidad de orinar en el curso de la plática, y aun agrega otros significados del «hacer barullo con los pies».

²³ Quiso decir «*Strumpf*» {«calcetín»}, a causa de la forma y el color.

Luego vamos ante la puerta de calle. Me dice, cuando se acerca un carro carbonero: «Escucha, también le tengo mucho miedo a un carro carbonero».

Yo: «Quizá porque es tan grande como una diligencia».

Hans: «Sí, y porque tiene una carga muy pesada y los caballos tienen que tirar tanto y pueden caerse fácilmente. Cuando un carro está vacío, no tengo miedo». De hecho, como ya se comprobó antes, sólo los vehículos con carga le producen angustia.

Con todo eso, la situación es muy poco transparente. El análisis obtiene escasos progresos; su exposición, me temo, pronto terminará por aburrir al lector. Sin embargo, en todo psicoanálisis hay esos períodos oscuros. Hans se interna enseguida en un ámbito con el que no contaba nuestra expectativa.

De regreso a casa, hablo con mi mujer, quien ha hecho diversas compras y me las muestra. Entre ellas, un calzón amarillo. Hans dice algunas veces «¡Puf!», se arroja al piso y escupe. Mi mujer explica que ya lo hizo algunas veces cuando vio los calzones. Yo pregunto: «¿Por qué dices “¡Puf!”?».

Hans: «Por los calzones».

Yo: «¿Por qué? ¿Por el color, porque son amarillos y recuerdan al pipí o al *Lumpf*?».

Hans: «Pero el *Lumpf* no es amarillo; es blanco o negro». — E inmediatamente después: «Escucha, ¿uno hace *Lumpf* con facilidad si come queso?». (Yo se lo había dicho una vez, cuando me preguntó para qué comía queso.)

Yo: «Sí».

Hans: «¿Por eso vas enseguida a hacer *Lumpf* por la mañana temprano? Me gustaría mucho comer queso con pan y manteca».

Ya ayer me había preguntado, cuando él daba saltos por la calle: «Escucha, ¿no es cierto que si uno salta tanto hace *Lumpf* con facilidad?». — Desde siempre ha tenido dificultades para deponer las heces, a menudo fue preciso recurrir a laxantes y enemas. Una vez su constipación habitual fue tan intensa que mi esposa hubo de consultar al doctor L. Este opinó que Hans estaba sobrealimentado, lo cual era correcto, y recomendó una dieta moderada, que pronto mejoró su estado. En este último tiempo, la constipación volvió a hacerse frecuente.

Después de comer le digo: «Le escribiremos otra vez

al profesor», y él me dicta: «Cuando he visto el calzón amarillo he dicho “¡Puf!”, y entonces escupí y me tiré al suelo, he cerrado los ojos y no he mirado».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «Porque he visto los calzones amarillos, y lo mismo hice con los calzones negros.²⁴ Los negros son también unos calzones, sólo que eran negros». (Se interrumpe.) «Escucha, yo estoy contento; cuando puedo escribir al profesor, siempre estoy contento».

Yo: «¿Por qué has dicho “¡Puf!”? ¿Te ha dado asco?».

Hans: «Sí, porque he visto eso. He creído que yo tenía que hacer *Lumpf*».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «No sé».

Yo: «¿Cuándo has visto los calzones negros?».

Hans: «Una vez, cuando Anna» (nuestra sirvienta) «hacía tiempo que estaba —con mamá—, ella los trajo de la tienda a casa». (Esta indicación es corroborada por mi mujer.)

Yo: «¿Te ha dado asco?».

Hans: «Sí».

Yo: «¿Has visto a mami con esos calzones?».

Hans: «No».

Yo: «¿Cuando se vestía?».

Hans: «A los amarillos, sí una vez, desde que los ha comprado». (¡Contradicción! Los vio por primera vez al comprarlos la mamá.) «A los negros los ha tenido puestos hoy» (¡correcto!) «porque he visto cuando se los sacaba a la mañana temprano».

Yo: «¿Qué? ¿A la mañana temprano se ha sacado los calzones negros?».

Hans: «A la mañana temprano, cuando ha salido (*weggehen*), se ha sacado los calzones negros, y cuando ha venido, se ha puesto de nuevo los negros».*

Pregunto a mi mujer, porque esto me parece un disparate. Ella dice, en efecto, que no es verdad; desde luego, no se ha cambiado los calzones al salir.

Inquiero a Hans enseguida: «Tú has contado que mami se ha puesto un calzón negro, y cuando ha partido se lo

²⁴ Mi mujer posee desde hace algunas semanas unos calzones negros para excursiones en bicicleta. [Nota del padre.]

* {En este y otros casos similares reproducimos el pretérito perfecto («ha salido», «ha sacado», etc.) en vez del indefinido, más normal, teniendo en cuenta la particular significación de ese tiempo como perduración en el presente de una vivencia del pasado.}

ha sacado y cuando ha venido se lo ha vuelto a poner. Pero mami dice que eso no es verdad».

Hans: «Me parece, yo quizá lo he olvidado, que no se los ha sacado». (De mal humor.) «¡Déjame tranquilo, por fin!».

Para elucidar esta historia de los calzones, puntualizo: Es evidente que Hans finge cuando se manifiesta tan contento de poder hablar sobre este asunto. Al final arroja la máscara y se pone grosero con su padre. Se trata de cosas que antes le han deparado *mucho placer*, y de las que ahora, luego de sobrevenida la represión, se avergüenza mucho, so pretexto de asquearse. Miente, lisa y llanamente, para situar el cambio de calzones de la mamá en un diverso escenario; en realidad, el ponerse y sacarse los calzones pertenece al contexto del «*Lumpf*». El padre sabe bien lo que está en juego aquí y lo que Hans quiere ocultar.

Pregunto a mi mujer si Hans a menudo estuvo presente cuando ella ha ido al baño. Dice que sí, que él «cargosea» hasta que ella se lo permite; lo hacen —sostiene— todos los niños.

Por nuestra parte, tomaremos buena nota del placer, hoy ya reprimido, de ver a la mamá mientras hace *Lumpf*.

Vamos frente a la casa. Está muy contento y, como brinca de continuo cual si fuera un potrillo, le pregunto: «Escucha, ¿quién es en verdad un caballo de diligencia? ¿Yo o mami?».

Hans (con prontitud): «Yo, yo soy un potrillo».

Cierta vez que en su período de más intensa angustia vio unos caballos que brincaban, tuvo angustia y me preguntó por qué lo hacían; yo le dije, para tranquilizarlo: «¿Sabes? Son potrillos, y ellos dan brincos como los niños. Tú también brincas y eres un niño». Desde entonces, cuando ve brincar caballos dice: «Es cierto, son potrillos».

En la escalera, al subir, le pregunto, como quien no quiere la cosa: «¿En Gmunden has jugado al caballito con los niños?».

El: «¡Sí!» (Reflexionando.) «Me parece que ahí he cogido la tontería».

Yo: «¿Quién era el caballito?».

El: «Yo, y Berta era el cochero».

Yo: «¿Quizá te caíste cuando eras tú el caballito?».

Hans: «¡No! Cuando Berta ha dicho “¡Júoo!” yo he corrido ligero, he salido disparado».²⁵

Yo: «¿Y a la diligencia no jugaron nunca?».

Hans: «No, casi siempre al carro y al caballo sin carro. Cuando el caballo tiene un carro, puede andar sin carro y el carro puede quedar en casa».

Yo: «¿Jugaban a menudo al caballito?».

Hans: «Muy a menudo. Fritzl²⁶ también fue una vez caballito y Franzl era cochero y Fritzl corría muy fuerte y una vez tropezó con una piedra y le salió sangre».

Yo: «¿Quizá se cayó?».

Hans: «No, metió el pie en un poco de agua y después se puso una venda».²⁷

Yo: «¿A menudo eras tú caballo?».

Hans: «Oh, sí».

Yo: «Y ahí fue donde cogiste la tontería».

Hans: «Porque ellos siempre decían “por causa del caballo” y “por causa del caballo”» (acentúa el «por causa de» {wegen}), «y yo quizá porque ellos dijeron tanto “por causa del caballo”, yo quizá cogí la tontería».²⁸

Durante un rato el padre explora infructuosamente otras sendas.

Yo: «¿Contaron algo sobre caballos?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Qué?».

Hans: «Lo he olvidado».

Yo: «¿Quizá contaron algo sobre el hace-pipí?».

Hans: «¡Oh, no!».

²⁵ Hans tenía también un juego de caballito con campanitas. [Nota del padre.]

²⁶ Otro hijo del propietario, como sabemos [cf. pág. 16].

²⁷ Sobre esto, véase *infra* [pág. 69]. El padre conjetura con todo acierto que Fritzl se cayó esa vez.

²⁸ Aclaro: Hans no quiere afirmar que haya contraído la tontería en esa época, sino en conexión con ello. Es que es preciso admitir, y la teoría lo exige, que una vez haya sido asunto de elevado placer lo mismo que hoy es objeto de la fobia. Y además, yo completo por el niño lo que él no sabe decir: que la palabrita «wegen» {«por causa de»} ha allanado el camino a la extensión de la fobia del caballo al «Wagen» {«carruaje»} (o, como Hans está habituado a escuchar y pronunciar: «Wügen»). {La «ä» suena como «e»}. Nunca se debe olvidar cuánto más que el adulto trata el niño las palabras como si fueran cosas del mundo, y cuán sustantivas son entonces para él las homofonías entre ellas. [Esto ya había sido señalado en *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 4, pág. 309, así como en el libro sobre el chiste (1905c), AE, 8, pág. 120.]

Yo: «¿Allí ya le tenías miedo al caballo?».

Hans: «Oh, no, yo no he tenido miedo».

Yo: «Quizá Berta te habló de que un caballo...».

Hans (interrumpiéndome): «...¿hace pipí? ¡No!».

El 10 de abril reanudo la conversación de ayer y quiero saber qué significa el «por causa del caballo». Hans no atina a acordarse, sólo sabe que a la mañana temprano había varios niños ante la puerta de calle y decían «por causa del caballo, por causa del caballo». El mismo se encontraba entre ellos. Al insistir yo, manifiesta que no habían dicho «por causa del caballo», él debía tener un recuerdo falso.

Yo: «Pero si tan a menudo estaban en el establo, habrán hablado del caballo». — «No hemos hablado». — «¿De qué hablaron?». — «De nada». — «¿Eran tantos niños y no hablaron de nada?». — «Claro que de algo hemos hablado, pero no del caballo». — «¿De qué, pues?». — «Ahora ya no lo sé».

Abandono esto, pues las resistencias son evidentemente demasiado grandes,²⁹ y pregunto: «¿Te ha gustado jugar con Berta?».

El: «Sí, me ha gustado mucho; con Olga no. ¿Sabes qué ha hecho Olga? Grete ahí arriba me regaló una vez una pelota de papel, y Olga la desgarró toda. Berta nunca me habría desgarrado la pelota. Con Berta me ha gustado mucho jugar».

Yo: «¿Has visto cómo era el hace-pipí de Berta?».

El: «No, pero sí el del caballo, porque yo siempre estaba en el establo, y ahí he visto el hace-pipí del caballo».

Yo: «¿Y tenías curiosidad por saber cómo era el hace-pipí de Berta, y el de mami?».

El: «¡Sí!».

Yo le recuerdo que una vez se me quejó de que las niñas siempre quieren mirar cuando él hace pipí [cf. pág. 19].

El: «Berta siempre me ha mirado» (nada ofendido por ello, sino muy satisfecho), «muy a menudo. Donde está la huertita, donde hay rabanitos, he hecho pipí, y ella estaba ante la puerta de calle y ha mirado».

Yo: «Y cuando ella ha hecho pipí, ¿has mirado tú?».

El: «Es que ella se ha ido al baño».

Yo: «¿Y tú tenías curiosidad?».

²⁹ En efecto, no cabe recoger ahí otra cosa que el anudamiento de palabra, que al padre se le escapa. Un buen ejemplo de las condiciones bajo las cuales el empeño analítico fracasa.

El: «Yo estaba dentro del baño cuando ella estaba dentro». (Eso es así; la gente de la casa nos lo contó una vez, y recuerdo que se lo prohibimos a Hans.)

Yo: «¿Le has dicho que querías entrar?».

El: «He entrado solo y porque Berta lo permitía. No es ninguna chanchada».

Yo: «¿Y te habría gustado ver el hace-pipí?».

El: «Sí, pero no lo he visto».

Le hago acordar del sueño en Gmunden: La prenda que tengo yo, etc. [pág. 19], y pregunto: «¿Has deseado en Gmunden que Berta te hiciera hacer pipí?».

El: «Nunca se lo he dicho».

Yo: «¿Por qué nunca se lo has dicho?».

El: «Porque nunca se me pasó por la cabeza». (Interrumpiéndose.) «Si le escribo todo al profesor, pronto se me pasará la tontería, ¿no es verdad?».

Yo: «¿Por qué has deseado que Berta te hiciera hacer pipí?».

El: «Yo no sé; porque ella ha mirado».

Yo: «¿Se te ha ocurrido que te pasara la mano por el hace-pipí?».

El: «Sí». (Cambiando de tema.) «En Gmunden todo era muy lindo. En la huertita, ahí donde están los rabinos, hay un montón de arena, y ahí juego con mi pala». (Es la huerta donde siempre ha hecho pipí.)

Yo: «En Gmunden, cuando estabas en la cama, ¿te has pasado la mano por el hace-pipí?».

El: «No, no todavía. En Gmunden he dormido bien, así es como no se me ha pasado por la cabeza hacerlo. Sólo lo he hecho en la calle —³⁰ y ahora».

Yo: «¿Pero Berta no te ha pasado la mano por tu hace-pipí?».

El: «Nunca lo ha hecho, no, porque yo nunca se lo he dicho».

Yo: «¿Y cuándo, entonces, deseaste que lo hiciera?».

El: «Pues un día en Gmunden».

Yo: «¿Una vez sola?».

El: «Muchas veces».

Yo: «Siempre que tú has hecho pipí, ella ha mirado; quizá tenía curiosidad por saber cómo haces pipí».

El: «Quizá tenía curiosidad por saber cómo era mi hace-pipí».

Yo: «Pero tú también tenías curiosidad; ¿sólo con Berta?».

³⁰ En la vivienda anterior a la mudanza [cf. pág. 15].

El: «Con Berta, con Olga».

Yo: «¿Y con quién más?».

El: «Con nadie más».

Yo: «Eso no es verdad. Con mami también».

El: «Con mami, claro».

Yo: «Ahora ya no tienes más curiosidad; bien sabes cómo es el hace-pipí de Hanna».

El: «Pero le crecerá, ¿no?».³¹

Yo: «Sí, claro, pero cuando crezca no será como el tuyo».

El: «Lo sé. Será así» (vale decir, como es ahora), «sólo que más grueso».

Yo: «¿Tenías curiosidad en Gmunden cuando mamá se desvestía?».

El: «Sí, también con Hanna; cuando la bañaban le he visto el hace-pipí».

Yo: «¿A la mamá también?».

El: «¡No!».

Yo: «Te dio asco cuando viste el calzón de la mami».

El: «Sólo cuando he visto el negro, cuando ella lo ha comprado, entonces yo escupo, pero cuando se pone o se saca el calzón, yo no escupo. *Entonces yo escupo porque el calzón negro es tan negro como un Lumpf y el amarillo como un pipí, y así yo creo que tengo que hacer pipí.* Cuando mami lleva los calzones, entonces yo no veo, pues ella tiene el vestido adelante».

Yo: «¿Y cuando ella se saca el vestido?».

El: «Entonces yo no escupo. Pero si son nuevos, entonces son como un *Lumpf*. Cuando son viejos, los colores se destiñen y se ponen roñosos. Cuando uno los compra, están todos limpios, y en casa enseguida uno los ha enroñado. Cuando están comprados, están nuevos, y cuando no están comprados, están viejos».

Yo: «¿Entonces de los viejos no te da asco?».

El: «Cuando son viejos, son mucho más negros que un *Lumpf*, ¿no es cierto? Un poquito más negros son».³²

Yo: «¿Con mami estabas a menudo en el baño?».

El: «Muy a menudo».

Yo: «¿Y te ha dado asco?».

³¹ Quiere tener la seguridad de que su propio hace-pipí crecerá.

³² Nuestro Hans se debate aquí con un tema que no sabe exponer, y nos resulta difícil comprenderlo. Quizá quiera decir que los calzones sólo le despiertan el recuerdo de asco cuando los ve separados; tan pronto como están sobre el cuerpo de la madre, ya no los pone en relación con *Lumpf* ni con pipí, y entonces le interesan de otro modo.

El: «Sí... ¡No!».

Yo: «¿Te gusta estar ahí cuando mami hace pipí o *Lumpf*?».

El: «Me gusta mucho».

Yo: «¿Por qué te gusta tanto?».

El: «No lo sé».

Yo: «Porque crees que verás el hace-pipí».

El: «Sí, también creo yo eso».

Yo: «¿Por qué nunca quieres ir al baño en Lainz?».

(En Lainz, siempre pide que no lo lleve al baño; una vez le dio miedo el ruido que hace el agua al bajar.)

El: «Quizá porque eso hace barullo cuando uno hace bajar el agua».

Yo: «Entonces tienes miedo».

El: «¡Sí!».

Yo: «¿Y en nuestro baño aquí?».

El: «Aquí no. En Lainz me asusto cuando haces bajar el agua. Cuando yo estoy y eso corre, entonces yo me asusto».

Para demostrarme que no tiene miedo en nuestra vivienda, me pide ir al baño y accionar la descarga del inodoro. Luego me manifiesta:

El: «Primero hay un barullo fuerte, luego uno más débil» (cuando el agua baja). «Cuando hace un barullo fuerte, prefiero quedarme ahí; cuando hace uno más débil, prefiero salir».

Yo: «¿Por qué tienes miedo?».

El: «Porque siempre me gusta ver» (se corrige), «oír, un barullo fuerte, y entonces prefiero quedarme ahí para oírlo bien».

Yo: «¿A qué te hace acordar un barullo fuerte?».

El: «A que yo tengo que hacer *Lumpf* en el baño». (Entonces, lo mismo que el calzón negro.)

Yo: «¿Por qué?».

El: «No sé. Sé que un barullo fuerte se oye cuando uno hace *Lumpf*. Un barullo grande hace acordar a *Lumpf*, uno pequeño a pipí». (Cf. el calzón negro y el amarillo.)

Yo: «Escucha, ¿el caballo de la diligencia no tenía el mismo color que un *Lumpf*?». (Según su indicación, era negro [pág. 44].)

El (muy tocado): «¡Sí!».

Me veo precisado a intercalar aquí algunas palabras. El padre pregunta demasiado y explora siguiendo sus propios designios, en vez de dejar exteriorizarse al niño mismo. Por

eso el análisis se vuelve opaco e incierto. Hans va por su camino y no rinde nada cuando se le quiere sonsacar algo fuera de este. Es evidente que ahora su interés recae sobre *Lumpf* y pipí, no sabemos por qué. La historia del barullo está tan poco satisfactoriamente esclarecida como la de los calzones amarillos y negros. Conjeturo que su agudo oído ha notado muy bien la diferencia del ruido según sea un hombre o una mujer quien orine. Pero el análisis ha comprimido algo artificialmente el material en la oposición entre las dos necesidades. Al lector que todavía no haya hecho por sí mismo un análisis, sólo puedo aconsejarle no querer comprenderlo todo enseguida, sino prestar a todo cuanto acuda una cierta atención neutral y esperar lo que sigue.

11 de abril. Hoy por la mañana temprano Hans vino otra vez al dormitorio y, como sucedió los últimos días, fue enviado de vuelta.

Luego cuenta: «Escucha lo que me he pensado: “Yo estoy en la bañera,³³ entonces viene el mecánico y la destornilla.³⁴ Entonces toma un gran taladro y me lo mete en la panza”».

El padre traduce así esta fantasía: «Yo estoy en la cama con mamá. Entonces viene papá y me expulsa. Con su gran pene me desaloja {*verdrängen*} de la mamá». Por nuestra parte, pospondremos aún nuestro juicio.

Además, cuenta sobre una segunda cosa que se ha imaginado: «Viajamos en tren a Gmunden. En la estación nos ponemos la ropa, pero todavía no estamos listos y el tren parte con nosotros».

Más tarde le pregunto: «¿Ya has visto alguna vez a un caballo haciendo *Lumpf*?».

Hans: «Sí, muchas veces».

Yo: «¿Mete un barullo fuerte cuando hace *Lumpf*?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿A qué te hace acordar ese barullo?».

Hans: «Como cuando el *Lumpf* cae en la bacinilla».

El caballo de la diligencia que se tumba y mete barullo con las patas es sin duda... un *Lumpf* que cae y así mete ruido. El miedo a la defecación, el miedo a los carruajes con pesada carga, es exactamente igual al miedo a una panza muy cargada.

³³ Hans es bañado por la mamá. [Nota del padre.]

³⁴ Para repararla. [Nota del padre.]

Por estos desvíos, el padre vislumbra el correcto estado de la causa.

11 de abril. Hans dice en el almuerzo: «¡Qué lindo que en Gmunden tuviéramos una bañera para que yo no debiera ir a la casa de baños!». En efecto, en Gmunden, para bañarlo con agua caliente, siempre se lo llevaba a una casa de baños situada en las cercanías, a causa de lo cual él solía protestar con fuerte llanto. También en Viena berrea cada vez que para bañarlo lo ponen en la bañera grande, o lo recuestan. Es preciso bañarlo estando él de rodillas o de pie.

Este dicho de Hans, quien ahora empieza a nutrir el análisis con exteriorizaciones autónomas, establece la conexión entre sus dos últimas fantasías (la del mecánico que destornilla la bañera y la del infortunado viaje a Gmunden). De la segunda, el padre había inferido con acierto una aversión a Gmunden. Por lo demás, otro buen aviso de que uno no tiene que comprender lo que aflora desde lo inconciente con el auxilio de lo antecedente, sino de lo subsiguiente.

Le pregunto si tiene miedo, y de qué tiene miedo.

Hans: «Miedo de caerme adentro».

Yo: «¿Por qué no has tenido miedo cuando te han bañado en la bañera pequeña?».

Hans: «Es que estaba sentado, no me podía recostar, es muy chica».

Yo: «¿Y cuando en Gmunden viajaste en bote no tuviste miedo de caer al agua?».

Hans: «No, porque me he sostenido, y entonces no puedo caer adentro. Sólo tengo miedo de caerme adentro en la bañera grande».

Yo: «Pero si es mamá quien te baña. ¿Acaso temes que mami te eche adentro del agua?».

Hans: «Que ella saque las manos y yo caiga en el agua de cabeza».

Yo: «Pero bien sabes que mami te quiere y no sacará las manos».

Hans: «Solamente lo he creído».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «No lo sé, terminantemente».

Yo: «¿Quizá porque te portabas mal y has creído que ella ya no te quería?».

Hans: «¡Sí!»

Yo: «Estando tú ahí cuando mami bañaba a Hanna, ¿quizá deseaste que ella soltara la mano para que Hanna se cayera adentro?».

Hans: «Sí».

Creemos que el padre ha cogido de manera muy correcta esto.

12 de abril. Regresamos de Lainz en segunda clase, y Hans dice, viendo los asientos de cuero negro: «¡Puf! Yo escupo los calzones negros y los caballos negros, escupo también porque tengo que hacer *Lumpf*».

Yo: «¿Acaso has visto en mami algo negro que te ha asustado?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Qué, pues?».

Hans: «Yo no sé. Una blusa negra o unas medias negras».

Yo: «¿Quizá pelos negros al hacer pipí, cuando estabas curioso y espíaste?».

Hans (disculpándose): «Pero al hace-pipí no se lo he visto».

En otro momento en que volvió a tener miedo cuando del portón del patio de enfrente salió un carro, le pregunté: «¿No se parece ese portón a un trasero?».

El: «¡Y los caballos son los *Lumpf*!».

Desde entonces dice siempre, cuando ve salir un carro: «Mira, viene un “*Lumpf*”». La forma «*Lumpf*» le es por completo ajena en otros campos, suena como un mote cariñoso. Mi cuñada siempre llama «*Wumpf*» a su hijo.

El 13 de abril ve en la sopa un trozo de hígado y dice: «¡Puf! Un *Lumpf*». Es evidente que también a las croquetas de carne las come a desgano por causa de su forma y color, que le recuerdan a un *Lumpf*.

Al anochecer, mi esposa me cuenta que Hans estuvo en el balcón y luego dijo: «He pensado que Hanna estaba en el balcón y se ha caído». Yo le había dicho con frecuencia que, si Hanna estaba en el balcón, él debía vigilar que no se acercara mucho a la balaustrada; un artesano del movimiento secesionista la ha construido de la manera más inapropiada: con grandes aberturas, que debí achicar por medio de alambre tejido. El deseo reprimido de Hans es hartamente transparente. La mamá le pregunta si preferiría que Hanna no estuviera, y él responde que sí.

14 de abril. El tema de Hanna se sitúa en el primer plano. Como se recordará por mis notas anteriores, tuvo

hacia la recién nacida, que le robaba una parte del amor de los padres, una gran aversión que aún ahora no ha desaparecido y sólo en parte es sobrecompensada por una ternura hipertrófica.³⁵ Ya ha manifestado varias veces que la cigüeña no debe traer ningún niño más, debemos darle dinero para que no traiga ninguno más *de la gran cesta* donde están los niños. (Cf. el miedo al carro mudancero. ¿Y la diligencia no se parece a una gran cesta?) Dice que Hanna arma demasiado berrinche, y eso lo fastidia.

En cierto momento dice, de pronto: «¿Te acuerdas cómo ha llegado Hanna? Estaba acostada en la cama junto a mami, tan amorosa y linda». (Esta alabanza ha sonado sospechosamente falsa.)

Luego, abajo, delante de la casa. Otra vez se le nota un progreso grande. Hasta los carros de carga le instilan menos miedo. Exclama, casi con alegría: «¡Ahí viene un caballo con eso negro en la boca!», y por fin puedo comprobar que se trata de un caballo con un bozal de cuero. Pero Hans no siente ninguna angustia frente a ese caballo.

Golpea con su palo sobre el pavimento, y pregunta: «Escucha, ¿hay un hombre ahí abajo... uno enterrado... o sólo hay eso en el cementerio?». O sea que no lo atarea sólo el enigma de la vida, sino el de la muerte además.

De regreso al interior de la casa, veo una cesta que han dejado en el vestíbulo, y Hans dice: «Hanna ha viajado en una cesta así a Gmunden. Siempre que hemos viajado a Gmunden, ella viajó también en la cesta. ¿Qué? ¿Otra vez no me crees? De verdad, papi, créeme. Hemos comprado una cesta grande y ahí hay puros niños, en la bañera se sientan ellos adentro». (En la cesta se empacó una pequeña bañera.) «Yo los he puesto adentro, de verdad. Puedo acordarme muy bien».³⁶

Yo: «¿De qué puedes tú acordarte?».

Hans: «De que Hanna ha viajado en la cesta, porque yo no lo he olvidado. ¡Mi palabra de honor!».

Yo: «Pero el año pasado, sin embargo, Hanna ha via-

³⁵ Si el tema de «Hanna» releva directamente al tema «*Lumpf*», por fin se nos aclara la razón de ello. Hanna misma es un *Lumpf*, los hijos son *Lumpf*.

³⁶ Ahora empieza a fantasear. Nos enteramos de que cesta y bañera significan lo mismo para él, unas subrogaciones del espacio dentro del cual se encuentran los hijos. ¡Reparemos en sus repetidas aseveraciones!

jado en el compartimiento del tren con nosotros {mitfabren}».

Hans: «Pero siempre antes ella ha viajado en la cesta».

Yo: «¿No tenía mami la cesta?».

Hans: «¡Sí, mami la tenía!».

Yo: «¿Dónde, pues?».

Hans: «En casa, en el suelo».

Yo: «¿Quizá la llevaba consigo a todas partes?».³⁷

Hans: «¡No! Cuando ahora viajemos a Gmunden, Hanna viajará también en la cesta».

Yo: «¿Y cuándo salió ella de la cesta?».

Hans: «La sacaron».

Yo: «¿Mami?».

Hans: «Yo y mami, luego nosotros subimos al carruaje y Hanna montaba el caballo y el cochero ha dicho “¡Júoo!”». El cochero estaba en el pescante. ¿Estabas tú también? Mami lo sabe bien. Mami no lo sabe, lo ha vuelto ha olvidar; ¡pero no hay que decirle nada!».

Hago que me repita todo.

Hans: «Entonces Hanna descendió del carruaje».

Yo: «Pero si aún no podía caminar».

Hans: «Bueno, la alzamos para bajarla».

Yo: «¿Y cómo se ha sentado sobre el caballo, si el año pasado todavía no podía sentarse?».

Hans: «Oh, sí; bien que se ha sentado y exclamado “¡Júoo!”», y ha dado “¡Júoo, Júoo!”», con el látigo que yo tenía antes. El caballo no tenía ningún estribo y Hanna ha cabalgado. Papi, pero si no es en broma».

¿Qué significa este disparate mantenido con obstinación? ¡Oh! No es ningún disparate: es la parodia que hace Hans de su padre y la venganza que se toma sobre él. Viene a decir tanto como esto: «¿Cómo puedes invitarme a creer que la cigüeña trajo a Hanna en octubre, si yo he notado el vientre grande de la madre ya en el verano cuando viajamos a Gmunden? Lo mismo puedo yo pedirte que creas mis mentiras». ¿Qué otro significado puede tener la aseveración de que Hanna ya el verano pasado los acompañó en el viaje* a

³⁷ La cesta es, desde luego, el seno materno. El padre quiere indicar a Hans que él lo comprende. Tampoco son otra cosa los cofrecillos en que son abandonados los héroes del mito, desde el rey Sargón de Agadé en adelante. — (Agregado en 1923:) Cf. el estudio de Rank, *Der Mythos von der Geburt des Helden*, 1909.

* {«Fabri» = «viaje»; «mitfabren» = «acompañar en el viaje»; véase antes «wegfabren» = «partir de viaje» (pág. 26).}

Gmunden «en la cesta», si no que él sabe acerca de la gravedad de la madre? Que tenga en perspectiva la repetición de ese viaje en la cesta para todos los años que vendrán responde a una forma frecuente de aflorar un pensamiento inconciente desde el pasado, o bien responde a razones especiales y expresa su angustia de ver repetida esa gravedad para el siguiente viaje de verano. Ahora también nos hemos enterado de la trama en virtud de la cual había perdido el gusto por el viaje a Gmunden, como nos lo indicara su segunda fantasía [pág. 55].

Más tarde le pregunto cómo fue, en verdad, que Hanna llegó, tras su nacimiento, a la cama de mamá.

Con esto, Hans puede desatarse y «embromar» al padre.

Hans: «En fin, Hanna llegó. La señora Kraus» (la comadrona) «la puso en la cama. Claro que ella no podía caminar. Pero la cigüeña la trajo en el pico. Caminar, claro que no podía». (Continúa sin parar:) «La cigüeña llegó hasta el pasillo sobre la escalera y entonces golpeó y todos estaban dormidos y ella tenía la llave justa y abrió la puerta y puso a Hanna en *tu*³⁸ cama y la mami estaba dormida. . . no, la cigüeña la puso en la cama de ella. Ya era todo de noche, y entonces la cigüeña sin hacer ruido la puso en la cama, sin patalear, y después se puso el sombrero, y después volvió a irse. No, sombrero no tenía».

Yo: «¿Quién se puso el sombrero? ¿El doctor, quizá?».

Hans: «Después la cigüeña se alejó {*weggehen*}, se fue a casa y después llamó por teléfono y toda la gente de la casa ya no durmió más. Pero no se lo cuentes a mami ni a Tinni» (la cocinera). «¡Es un secreto!».

Yo: «¿La quieres a Hanna?».

Hans: «Oh, sí, la quiero mucho».

Yo: «¿Qué preferirías? ¿Que Hanna no hubiera venido al mundo o que esté en él?».

Hans: «Preferiría que ella no hubiera venido al mundo».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «Por lo menos no gritaría así, y yo no puedo aguantar los gritos».

³⁸ ¡Una ironía, naturalmente! Lo mismo que el posterior ruego de no revelar a la mamá nada del secreto.

Yo: «Tú también gritas».

Hans: «Hanna grita también».

Yo: «¿Por qué no puedes aguantarlo?».

Hans: «Porque grita muy fuerte».

Yo: «Pero si ella no grita».

Hans: «Si uno le pega en la cola desnuda, ella grita».

Yo: «¿Le has pegado alguna vez?».

Hans: «Cuando mami le pega en la cola, ella grita».

Yo: «¿Y eso no te gusta?».

Hans: «No... ¿Por qué? Porque hace semejante barullo con los gritos».

Yo: «Si preferirías que no estuviera en el mundo es porque no la quieres».

Hans: «Hum, hum» (asintiendo).

Yo: «Por eso has pensado, cuando la mami la baña: "Ojalá saque las manos", y entonces ella se caería adentro del agua...».

Hans (completando): «... y se moriría».

Yo: «Y así te quedarías solo con mami. Y un muchacho bueno no desea eso».

Hans: «Pero tiene permitido pensarlo».

Yo: «Pero eso no está bien».

Hans: «Pero si él lo piensa, es bueno escribirselo al profesor».³⁹

Más tarde le digo: «¿Sabes? Cuando Hanna sea más grande y pueda hablar, ya la querrás más».

Hans: «Oh, no. Yo la quiero ya. En el otoño, cuando sea más grande, yo iré con ella, solo, al parque y le explicaré todo».

Cuando quiero iniciar un ulterior esclarecimiento, él me interrumpe, probablemente para explicarme que no es una cosa tan mala que él desee la muerte de Hanna.

Hans: «Escucha, hace ya mucho que ella estaba en el mundo, aun cuando todavía no estaba ahí. Claro: con la cigüeña ya estaba en el mundo».

Yo: «No, con la cigüeña quizá no estaba todavía».

Hans: «¿Pero quién la ha traído? Ha sido la cigüeña quien la trajo».

Yo: «¿Y de dónde la ha traído?».

Hans: «Pues de ella misma».

Yo: «¿Y dónde la ha tenido?».

Hans: «En la cesta, en la *cesta de cigüeña*».

Yo: «¿Y cómo es esa cesta?».

³⁹ ¡Bravo, pequeño Hans! No desearía para los adultos un entendimiento mejor del psicoanálisis.

Hans: «Roja. Pintada de rojo». (¿Sangre?)

Yo: «¿Quién te lo ha dicho?».

Hans: «Mami... yo me lo he pensado... está en el libro».

Yo: «¿En qué libro?».

Hans: «En el libro ilustrado». (Hago que me traiga su primer libro ilustrado. En él hay impreso un nido con cigüeñas sobre una chimenea roja. Esa es entonces la cesta; curiosamente, en la misma página se ve un caballo al que están herrando.⁴⁰ En la cesta sitúa Hans a los niños que no encuentra en el nido.)

Yo: «¿Y qué ha hecho entonces la cigüeña con ella?».

Hans: «Después ha traído a Hanna. En el pico. ¿Sabes? La cigüeña que está en Schönbrunn, la que picoteó la sombrilla». (Reminiscencia de un pequeño episodio en Schönbrunn.)

Yo: «¿Has visto cómo la cigüeña trajo a Hanna?».

Hans: «Escucha, yo estaba dormido todavía. A la mañana temprano ninguna cigüeña puede traer a una nenita o a un nenito».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «No puede hacerlo. Ninguna cigüeña puede hacerlo. ¿Sabes por qué? Para que la gente no vea, y de pronto, cuando amanece, hay una nenita ahí».⁴¹

Yo: «Sin embargo, ¿sentiste curiosidad en aquel momento por saber cómo la cigüeña hizo eso?».

Hans: «¡Oh, sí!».

Yo: «¿Qué aspecto tenía Hanna cuando vino?».

Hans (falsamente): «Toda blanca y linda. Como de oro».

Yo: «Pero la primera vez que la viste no te gustó».

Hans: «¡Oh, me gustó mucho!».

Yo: «¿Pero te sorprendió que fuera tan chiquita?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Cómo era de chiquita?».

Hans: «Como una cigüeñita».

Yo: «¿Y como qué más? ¿Tal vez como un Lumpf?».

⁴⁰ [Teniendo en cuenta lo que sigue, tal vez convenga destacar que la palabra alemana para «herrar» («*beschlagen*») sólo difiere en una letra de la que corresponde a «pegar» («*geschlagen*»)].

⁴¹ No hay que censurar la inconsecuencia de Hans. En la plática anterior ha salido a la luz desde su inconciente la incredulidad en la cigüeña, que se enlaza con su encono al padre por guardarle secretos. Ahora está más tranquilo y responde con pensamientos oficiales, en los que él se ha arreglado unas explicaciones para las múltiples dificultades conectadas con la hipótesis de la cigüeña.

Hans: «Oh, no; un *Lumpf* es mucho más grande... un poquito más chico, es como Hanna realmente».

Yo le había anticipado al padre que la fobia del pequeño se reconduciría a los pensamientos y deseos ocasionados por el nacimiento de la hermanita, pero había omitido alertarlo sobre que un hijo es un «*Lumpf*» para la teoría sexual infantil, de suerte que Hans habría de pasar por el complejo excremental. De este descuido mío se engendraron las eventuales oscuridades de la cura. Ahora, consumada la aclaración, el padre intenta escuchar a Hans por segunda vez sobre este punto importante.

Al día siguiente me hago repetir la historia que me contó ayer. Hans relata: «Hanna ha viajado a Gmunden en la cesta grande, y mami en el compartimiento del tren, y Hanna ha viajado en el vagón de carga con la cesta, y después, cuando estábamos en Gmunden, yo y mami hemos alzado a Hanna para bajarla, la hemos puesto sobre el caballo. El cochero estaba en el pescante y Hanna tenía la fusta anterior» (del año pasado) «y fustigaba al caballo y todo el tiempo decía “¡Júoo!”, y todo el tiempo eso era divertido, y también el cochero fustigaba. — El cochero no fustigaba porque Hanna tenía el látigo. — El cochero tenía las riendas —también las riendas las tenía Hanna—.» (Todas las veces hemos viajado en un carruaje de la estación a la casa; Hans busca aquí armonizar realidad y fantasía.) «En Gmunden hemos alzado a Hanna para bajarla, y ella ha subido sola las escaleras». (Cuando Hanna estuvo en Gmunden el año pasado, tenía 8 meses de edad. Un año antes, época a la cual evidentemente se refiere la fantasía de Hans, a la llegada a Gmunden habían transcurrido cinco meses de embarazo.)

Yo: «El año pasado Hanna ya estaba».

Hans: «El año pasado viajó en el carruaje, pero un año antes, cuando estaba en el mundo con nosotros...».

Yo: «¿Ya estaba con nosotros?».

Hans: «Sí, tú siempre venías a viajar conmigo en bote, y Anna te servía».

Yo: «Pero no el año anterior, pues entonces Hanna todavía no estaba en el mundo».

Hans: «Sí, ella estaba en el mundo. La vez que viajó en la cesta ya podía correr, ya podía decir “Anna”. (Esto último puede hacerlo sólo desde hace cuatro meses.)

Yo: «Pero si por entonces todavía no estaba con nosotros».

Hans: «¡Oh, claro!, ella estaba sin embargo con la cigüeña».

Yo: «¿Qué edad tiene pues Hanna?».

Hans: «En el otoño tendrá 2 años. Pero Hanna ya estaba, tú lo sabes bien».

Yo: «¿Y cuándo estuvo con la cigüeña en la cesta de cigüeña?».

Hans: «Hace ya mucho, antes que viajara en la cesta. Hace ya mucho tiempo».

Yo: «¿Cuánto hace que Hanna puede caminar? Cuando estaba en Gmunden no podía hacerlo aún».

Hans: «El año pasado no, otras veces ya sí».

Yo: «Sin embargo, Hanna estuvo sólo una vez en Gmunden».

Hans: «¡No! Estuvo dos veces; sí, eso es cierto. Me acuerdo muy bien. Pregúntale a mami, te lo dirá sin duda».

Yo: «Pero eso no es verdad».

Hans: «Sí, eso es verdad. *La primera vez que estuvo en Gmunden podía caminar y cabalgar, y después hubo que llevarla en brazos.* — No, fue después cuando cabalgó y el año anterior hubo que llevarla en brazos».

Yo: «Sin embargo, hace muy poco tiempo que camina. En Gmunden no podía caminar».

Hans: «Sí, anótalo simplemente. Yo me acuerdo muy bien. — ¿De qué te ríes?».

Yo: «De lo farsante que eres, pues sabes muy bien que Hanna estuvo una vez sola en Gmunden».

Hans: «No, eso no es verdad. La primera vez montó en el caballo... y la segunda vez...» (se vuelve manifestamente inseguro).

Yo: «¿No sería mami el caballo?».

Hans: «No, un caballo de verdad, en el cabriolé de un caballo».

Yo: «Pero si siempre hemos viajado en carruaje de dos caballos».

Hans: «Bueno, entonces era un coche de plaza».

Yo: «¿Qué ha comido Hanna en la cesta?».

Hans: «Le pusieron dentro pan y manteca y arenques y rábanos» (una cena de Gmunden), «y mientras Hanna viajaba se ha untado el pan con manteca y ha comido cincuenta veces».

Yo: «¿No ha gritado Hanna?».

Hans: «¡No!».

Yo: «¿Qué ha hecho entonces?».

Hans: «Ha comido ahí dentro, toda tranquila».

Yo: «¿No anduvo a los tumbos?».

Hans: «No, ha comido todo el tiempo, y ni siquiera se ha movido de su lugar. Bebió dos grandes tazas de café. — A la mañana temprano todo quedó acabado y dejó las sobras en la cesta, las hojas de los dos rábanos y un cuchillo para cortar los rábanos; lo limpió todo como una liebre, un minuto y ya había acabado. Fue una corrida. Yo y Hanna incluso he acompañado el viaje {mitfahren} dentro de la cesta, he dormido en la cesta toda la noche» (dos años atrás, en efecto, viajamos a Gmunden de noche) «y mami ha viajado en el compartimiento del tren. Todo el tiempo hemos comido también en el carruaje, eso era una fiesta. — Ella no ha montado en el caballo» (ahora se ha vuelto inseguro porque sabe que ocupamos un carruaje de dos caballos) «... ella se ha sentado en el carruaje. Esto es lo verdadero, pero yo y Hanna hemos viajado solos... mami ha montado en el caballo, Karolin» (nuestra muchacha del año pasado) «en el otro... Escucha, esto que te cuento ni siquiera es verdad».

Yo: «¿Qué no es verdad?».

Hans: «Todo eso. Escucha, la pondremos a ella y a mí en la cesta ⁴² y yo haré pipí dentro de la cesta. Haré pipí en los calzones, no me importa nada, eso no es una chanchada. Escucha, pero si no es una broma, pero es divertido».

Luego cuenta la historia de la venida de la cigüeña, como ayer, salvo que, al salir, ella no se ha puesto el sombrero.

Yo: «¿Dónde tenía la cigüeña la llave de la puerta?».

Hans: «En el bolsillo».

Yo: «¿Y dónde tiene la cigüeña un bolsillo?».

Hans: «En el pico».

Yo: «¡En el pico! Nunca he visto a una cigüeña que tuviera una llave en el pico».

Hans: «¿Cómo pudo entrar entonces? ¿Cómo pasó entonces la cigüeña por la puerta? Eso no es verdad, me equivoqué; la cigüeña llamó y alguien le abrió».

Yo: «¿Y cómo llama la cigüeña?».

Hans: «Tocando el timbre».

Yo: «¿Cómo lo hace?».

⁴² La cesta para el equipaje de Gmunden, que está en el vestíbulo. [Nota del padre.]

Hans: «Toma el pico y aprieta con el pico».

Yo: «¿Y ha vuelto a cerrar la puerta?».

Hans: «No, una sirvienta la cerró. Ella ya estaba levantada, le ha abierto y cerrado a la cigüeña».

Yo: «¿Dónde tiene la cigüeña su casa?».

Hans: «¿Dónde? En la cesta donde tiene a las ninitas. Quizás en Schönbrunn».

Yo: «No he visto ninguna cesta en Schönbrunn».

Hans: «Estará más lejos. — ¿Sabes cómo la cigüeña abre la cesta? Toma el pico —la cesta también tiene una llave—, toma el pico y deja caer uno» (una mitad del pico) «y abre así» (me lo demuestra con la cerradura del escritorio). «Hay también una manija».

Yo: «¿Una nena no es muy pesada para ella?».

Hans: «¡Oh, no!».

Yo: «Escucha, ¿una diligencia no se parece a una cesta de cigüeña?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Y un carro mudancero?».

Hans: «Un carro de granuja» (granja: invectiva para niños malcriados) «también».

17 de abril. Ayer Hans puso en práctica lo que planeaba desde hacía tiempo, y cruzó hasta el patio. Hoy no quiso hacerlo porque justamente a la altura del portón de entrada estaba estacionado un carro junto a la rampa de descarga. Me dijo: «Cuando un carro está estacionado ahí, tengo miedo de que *yo embrome a los caballos* y ellos se tumben y hagan barullo con las patas».

Yo: «¿Y cómo embroma uno a los caballos?».

Hans: «Cuando uno echa pestes contra ellos, entonces uno los embroma, cuando uno les grita “¡Júoo Júoo!”».⁴³

Yo: «¿Ya has embromado tú a los caballos?».

Hans: «Sí, muchas veces ya. Me da miedo hacerlo, pero eso no es verdad».

Yo: «¿Ya has embromado caballos en Gmunden?».

Hans: «¡No!».

Yo: «¿Pero te gustaría embromar caballos?».

Hans: «¡Oh, sí; me gustaría mucho!».

Yo: «¿Te gustaría fustigarlos?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Te gustaría pegarles a los caballos como mami le pega a Hanna? Eso también te gusta».

⁴³ A menudo le ha dado gran miedo cuando los cocheros pegan a los caballos y les gritan «¡Júoo!». [Nota del padre.]

Hans: «A los caballos no les hace nada cuando uno les pega». (Es lo que yo le había dicho una vez para moverlos su miedo cuando fustigaban caballos.) «Una vez lo hice realmente. Una vez tuve el látigo y azoté al caballo y el caballo se tumbó e hizo barullo con las patas».

Yo: «¿Cuándo?».

Hans: «En Gmunden».

Yo: «¿Un caballo real? ¿Estaba uncido al carruaje?».

Hans: «Estaba fuera del carruaje».

Yo: «¿Dónde fue, pues?».

Hans: «Yo lo he sujetado para que no saliera trotando {davonrennen}». (Desde luego, todo esto suena inverosímil.)

Yo: «¿Dónde fue eso?».

Hans: «Junto al aljibe».

Yo: «¿Quién te lo permitió? ¿El cochero lo dejó ahí parado {stehen}?».

Hans: «Era un caballo del establo».

Yo: «¿Y cómo llegó hasta el aljibe?».

Hans: «Yo lo conduje».

Yo: «¿Desde dónde? ¿Desde el establo?».

Hans: «Yo lo conduje afuera porque lo quería azotar».

Yo: «¿No había nadie en el establo?».

Hans: «Oh, sí; estaba Lois!» (se refiere al cochero de Gmunden).

Yo: «¿Y él te lo ha permitido?».

Hans: «Se lo pedí, le dije que me gustaría, y él dijo que tenía permiso para hacerlo».

Yo: «¿Qué le dijiste?».

Hans: «Si tenía permiso para tomar el caballo y azotarlo y gritarle. El ha dicho "Sí"».

Yo: «¿Y lo has azotado mucho?».

Hans: «Lo que te acabo de contar no es verdad».

Yo: «De ello, ¿qué es verdad?».

Hans: «Nada de eso es verdad, sólo te lo he contado en broma».

Yo: «¿Nunca has conducido un caballo fuera del establo?».

Hans: «¡Oh, no!».

Yo: «Pero lo has deseado».

Hans: «Oh, deseado sí, me lo he pensado».

Yo: «¿En Gmunden?».

Hans: «No, sólo aquí. A la mañana temprano ya me lo he pensado, cuando estaba todo vestido; no, a la mañana temprano en la cama».

Yo: «¿Por qué nunca me lo contaste?».

Hans: «No se me pasó por la cabeza».

Yo: «Se te ha ocurrido porque lo has visto en las calles».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «En verdad, ¿a quién te gustaría más pegarle: a mami, a Hanna o a mí?».

Hans: «A mami».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «Me gustaría pegarle».

Yo: «¿Cuándo has visto tú que alguien le pegue a una mami?».

Hans: «Todavía no lo he visto nunca, en mi vida lo he visto».

Yo: «Y a pesar de eso te gustaría hacerlo. ¿Cómo querías hacerlo?».

Hans: «Con el batidor de alfombras». (Con él suele amenazar pegarle la mamá.)

Por hoy fue preciso interrumpir la plática.

En la calle, Hans me manifestó que diligencias, carros mudanceros y carros carboneros eran carruajes de cesta de cigüeña.

Vale decir, pues: mujeres grávidas. El arranque sádico inmediatamente anterior no puede dejar de tener algún nexo con nuestro tema.

21 de abril. Hoy a la mañana, Hans cuenta haber pensado: «Un tren estaba en Lainz y yo he viajado con la abuela de Lainz hacia la estación Hauptzollamt. Tú aún no habías bajado del puente y el segundo tren estaba ya en St. Veit.⁴⁴ Cuando acabaste de bajar, el tren ya estaba ahí y hemos subido».

(Ayer Hans estuvo en Lainz. Para llegar al andén es preciso pasar sobre un puente. Desde el andén se ven los rieles hasta la estación de St. Veit. La cosa es un poco oscura. Parece indudable que originariamente Hans ha pensado: «El se ha ido de viaje con el primer tren, que yo he perdido; luego, de Unter St. Veit ha venido un segundo tren, con el que yo he viajado detrás {*nachfahren*}». Ha desfigurado una pieza de esta fantasía de fugitivo, de suerte que al fin dice: «Ambos hemos partido de viaje {*wegfahren*} sólo con el segundo tren».

⁴⁴ [La estación Unter St. Veit es, alejándose de Viena, la siguiente a Lainz. Debido a la rectitud del trayecto, un viajero que espera en el andén de Lainz el tren para Viena puede verlo aproximarse aun antes que arribe a Unter St. Veit.]

Esta fantasía se relaciona con la última no interpretada [pág. 55], aquella en que empleamos demasiado tiempo para ponernos la ropa en la estación, y el tren parte.)

A la siesta, frente a la casa. Hans se mete de pronto en ella cuando se acerca un carruaje de dos caballos, en el que yo no logro descubrir nada extraordinario. Le pregunto qué le pasa. Dice: «Como los caballos son tan arrogantes, tuve miedo de que se tumbaran». (El cochero los llevaba con la rienda corta, de suerte que avanzaban con pasos cortos levantando la cabeza: realmente tenían una marcha arrogante.)

Le pregunto quién, en verdad, es tan arrogante.

El: «Tú, cuando yo voy a la cama de mami».

Yo: «¿Deseas, entonces, que yo me tumbe?».

El: «Sí, que despojado» (quiere decir descalzo, como Fritzl en su momento) «tropieces con una piedra y te salga sangre y por lo menos yo pueda estar un poquito solo con mami. Cuando subas a casa, podré alejarme rápido de al lado de mami para que tú no me veas».

Yo: «¿Puedes recordar quién tropezó con la piedra?».

El: «Sí, Fritzl».

Yo: «Cuando Fritzl se cayó, ¿qué pensaste?».⁴⁵

El: «Que ojalá volaras por el aire tú con la piedra».

Yo: «¿Te gustaría mucho entonces quedarte con mami?».

El: «¡Sí!».

Yo: «En verdad, ¿por qué echo pestes yo?».

El: «No lo sé». (!!)

Yo: «¿Por qué?».

El: «Porque estás celoso».

Yo: «¡Eso no es verdad!».

El: «Sí, es verdad, estás celoso, lo sé. Eso tiene que ser verdad».

Infiero que no lo ha impresionado mucho mi explicación de que sólo los niños muy pequeños van a la cama de la mamá, mientras que los grandes duermen en su propia cama.

Conjeturo que el deseo de «embromar» al caballo, vale decir, pegarle, gritarle, no se dirige a la mamá, como él indicó, sino a mí. Sin duda sólo sacó a relucir a la mamá porque no quería confesarme lo otro. En los últimos días me demuestra particular ternura.

⁴⁵ Entonces, Fritzl de hecho se ha caído, cosa que él desmintió en su momento [pág. 50].

Con la superioridad que uno tan fácilmente adquiere «con efecto retardado» {«*nachträglich*»}, corregiremos al padre: el deseo de Hans de «embromar» al caballo es de articulación doble, está compuesto por una concupiscencia oscura, sádica, sobre la madre, y un claro esfuerzo de venganza contra el padre. Este último no podía ser reproducido antes que, dentro de la trama del complejo de gravidez, la concupiscencia no apareciera primero en su serie. En efecto, en la formación de la fobia desde los pensamientos inconcientes sobreviene una condensación; por eso el camino del análisis nunca puede repetir la vía de desarrollo de la neurosis.

22 de abril. Hoy a la mañana Hans ha vuelto a pensar algo: «Un muchacho de la calle ha viajado en el carrito y el guarda ha venido y ha desvestido al muchacho hasta dejarlo todo desnudo y lo abandonó ahí hasta la mañana, y a la mañana el muchacho dio 50.000 florines al guarda para que le permitiera viajar en el carrito».

(Enfrente de nuestra casa corre el ferrocarril del Norte. Sobre una vía de maniobras hay estacionada una zorra, en la cual una vez Hans vio viajar a un muchacho de la calle, cosa que él también quiso hacer. Le dije que no estaba permitido, pues vendría el guarda. Un segundo elemento de la fantasía es el deseo reprimido de desnudez.)

Ya desde hace algún tiempo notamos que la fantasía de Hans crea «bajo el signo del tráfico {*Verkehr*» y consecuentemente avanza desde el caballo, que tira del carro, hasta el ferrocarril. Así, con el tiempo, a toda fobia a andar por la calle se le asocia la angustia al ferrocarril.⁴⁶

A mediodía me enteró de que *Hans ha jugado toda la mañana con una muñeca de goma a la que llamó Grete*. [Cf. pág. 28.] *Por la abertura en que alguna vez estuvo fijado el pito de latón ha introducido un pequeño cortaplumas, y luego le abrió las piernas a la muñeca para hacer que el cortaplumas cayera. Dijo a la niñera, señalándole entre las piernas de la muñeca: «Mira, aquí está el hace-pipi».*

Yo: «En verdad, ¿a qué has jugado hoy con la muñeca?».

El: «Le he separado las piernas, ¿sabes por qué? Por-

⁴⁶ [Esta característica de las fobias se examina *infra*, pág. 101.]

que ahí dentro había un cuchillito que mami tenía. Se lo he metido adentro donde chilla el botón⁴⁷ y luego le he separado las piernas y de ahí ha salido».

Yo: «¿Por qué le has separado las piernas? ¿Para poder ver el hace-pipí?».

El: «Estaba ahí primero, también he podido verlo».

Yo: «¿Por qué le has metido el cuchillo?».

El: «No sé».

Yo: «¿Cómo es ese cuchillito?».

Me lo trae.

Yo: «¿Acaso has pensado que es un niño pequeño?».

El: «No, no me he pensado nada, pero la cigüeña, me parece, se ha conseguido una vez un niño pequeño... o alguien».

Yo: «¿Cuándo?».

El: «Una vez. Lo he escuchado, o no lo he escuchado nada, ¿o me he equivocado al decirlo?».

Yo: «¿Qué significa equivocarse al decirlo?».

El: «Que no es verdad».

Yo: «Todo lo que uno dice es un poquito verdadero».

El: «Bueno, un poquitito».

Yo (después de una transición): «¿Cómo te has pensado que vienen los pollos al mundo?».

El: «Pues es la cigüeña quien los hace crecer, la cigüeña hace crecer los pollos... no, el buen Dios».

Le explico que los pollos ponen huevos y de los huevos salen a su vez pollos.

Hans ríe.

Yo: «¿Por qué ríes?».

El: «Porque me agrada lo que me cuentas».

Dice haber visto ya eso.

Yo: «¿Dónde, pues?».

Hans: «¡En ti!».

Yo: «¿Dónde he puesto yo un huevo?».

Hans: «En Gmunden, en la hierba has puesto tú un huevo y de pronto ha saltado fuera un pollo. Una vez has puesto un huevo, yo lo sé, lo sé terminantemente. Porque mami me lo ha dicho».

Yo: «Le preguntaré a mami si eso es verdad».

Hans: «Eso no es verdad, pero yo he puesto una vez un huevo, de ahí ha saltado fuera un pollo».

⁴⁷ [«Der Knopf»: así en la primera edición; en todas las posteriores, «der Kopf» («la cabeza»). Esto último es casi con seguridad un error; cf. *infra*, pág. 105, donde se dice que el agujero está «en el cuerpo».]

Yo: «¿Dónde?».

Hans: «En Gmunden me he acostado en la hierba, no, me he arrodillado, y entonces los niños no espían y de pronto a la mañana temprano yo he dicho: “¡Busquen, niños, ayer he puesto un huevo!”. Y de pronto han mirado y de pronto han visto un huevo y del huevo ha salido un pequeño Hans. ¿De qué te ríes? Mami no lo sabe y Karolin no lo sabe porque nadie ha mirado y de pronto yo he puesto un huevo y de pronto estaba eso ahí. De verdad. Papi, ¿cuándo crece un pollo desde el huevo? ¿Cuando uno lo deja estar? ¿Hay que comerlo?».

Le aclaro eso.

Hans: «Bueno, dejémoslo con la gallina, entonces crece un pollo. Empaquémoslo en la cesta y hagámoslo viajar a Gmunden».

Con un golpe audaz, Hans se ha apropiado de la conducción del análisis, pues los padres vacilaban en darle los esclarecimientos que eran procedentes desde hacía mucho tiempo; y en una brillante acción sintomática comunica: «*Vean ustedes, así me represento yo un nacimiento*». Lo que él dijo a la sirvienta acerca del sentido de su juego con la muñeca no era sincero; frente al padre, rechaza directamente que sólo quisiera ver el hace-pipí. Después que el padre le hubo relatado, por así decir como un pago a cuenta, la génesis de los pollos a partir del huevo, su insatisfacción, su desconfianza y su mejor saber se aúnan en una soberbia parodia que en sus últimas palabras se eleva a clara alusión al nacimiento de la hermanita.

Yo: «¿A qué jugaste con la muñeca?».

Hans: «Le he dicho Grete».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «Porque le he dicho Grete».

Yo: «¿Cómo jugaste con ella?».

Hans: «La he cuidado como a un niño de verdad».

Yo: «¿Te gustaría tener una nenita?».

Hans: «Oh, sí. ¿Por qué no? Me gustaría conseguir una, pero mami no debe conseguir ninguna; eso no me gustaría».

(Ya ha expresado esto a menudo. Teme que un tercer niño lo relegue todavía más.)

Yo: «Sólo una señora puede tener un hijo».

Hans: «Yo consigo una nenita».

Yo: «¿Y de dónde la consigues?».

Hans: «Bueno, de la cigüeña. *Ella saca la nenita*, y la nenita pone de pronto un huevo y del huevo sale todavía una Hanna, todavía una Hanna. De Hanna viene todavía una Hanna. No, sale *una Hanna*».

Yo: «¿Te gustaría tener una nena?».

Hans: «*Sí, el año que viene me consigo una*, también se llamará Hanna».

Yo: «¿Por qué mami no debe tener ninguna nena?».

Hans: «Porque quiero tener una nena yo».

Yo: «Pero tú no puedes tener ninguna nena».

Hans: «Oh, sí; un varón consigue una nena, y una nena consigue un varón».⁴⁸

Yo: «Un varón no tiene hijos. Hijos los tienen sólo las señoras, las mamis».

Hans: «¿Y por qué yo no?».

Yo: «Porque el buen Dios ha dispuesto así las cosas».

Hans: «¿Por qué tú no te consigues una? Oh, sí; ya te la conseguirás, sólo tienes que esperar».

Yo: «Mucho tiempo tendré que esperar».

Hans: «Pero yo te pertenezco a ti».

Yo: «Pero mami te ha traído al mundo. Pertenece entonces a mami y a mí».

Hans: «¿Pertenece Hanna a mí o a mami?».

Yo: «A mami».

Hans: «No, a mí. *¿Y por qué no a mí y a mami?*».

Yo: «Hanna pertenece a mí, a mami y a ti».

Hans: «¡Bueno, así!».

Desde luego, al niño le faltará una pieza esencial para entender las relaciones sexuales mientras el genital femenino no sea descubierto.

El 24 de abril, Hans es esclarecido por mi mujer y por mí; le decimos que los hijos crecen en la mami y luego son traídos al mundo por medio de una presión, como un «*Lumpf*», lo cual depara grandes dolores. A la tarde, estamos frente a la casa. Le ha sobrevenido un visible alivio, corre tras los carruajes, y lo único que denuncia el resto de su angustia es la circunstancia de que no se atreve a ir más allá de las cercanías de la puerta de calle, vale decir, de que no puede movérselo a paseos más extensos.

El 25 de abril, Hans me hunde su cabeza en el vientre,

⁴⁸ Otro fragmento de teoría sexual infantil que posee insospechado sentido.

cosa que ya había hecho una vez [pág. 37]. Le pregunto si es un chivo. Dice: «Sí, un *Wieder*».* Le pregunto dónde ha visto él un carnero.

El: «En Gmunden: Fritzl tenía uno». (Fritzl tenía una cordera viva para jugar.)

Yo: «Tienes que contarme sobre el corderito; ¿qué hacía?».

Hans: «Sabes, la señorita Mizzi» (una maestra que vivía en la casa) «siempre sentaba a Hanna sobre el corderito, pero él no se podía parar, y entonces no podía topar. Cuando uno se acerca, ya topa porque tiene cuernos. Fritzl lo lleva por el cordel y lo ata a un árbol. Siempre lo ata a un árbol».

Yo: «¿Te topó el corderito?».

Hans: «Ha saltado sobre mí, Fritzl me ha entregado una vez. . . yo una vez me he acercado y no sabía, y de pronto él ha saltado sobre mí. Fue muy divertido. — No me asusté».

Por cierto que eso no es verdad.

Yo: «¿Quieres a papi?».

Hans: «Oh, sí».

Yo: «¿Quizá también no?».

Hans juega con un caballito. En ese momento el caballito se tumba. El grita: «¡El caballito se ha tumbado! ¿Ves cómo hace barullo?».

Yo: «Una cosa te enoja en papi: que mami lo quiera».

Hans: «No».

Yo: «¿Entonces por qué lloras siempre que mami me da un beso? Porque estás celoso».

Hans: «Bueno, sí».

Yo: «¿Qué te gustaría hacer si fueras el papi?».

Hans: «¿Y tú Hans? — Me gustaría llevarte todos los domingos a Lainz, no, todos los días. Si yo fuera el papi, sería muy bueno».

Yo: «¿Qué te gustaría hacer con mami?».

Hans: «También la llevaría conmigo a Lainz».

Yo: «¿Y qué otra cosa?».

Hans: «Nada».

Yo: «¿Por qué estás, pues, celoso?».

Hans: «No lo sé».

Yo: «¿También en Gmunden estabas celoso?».

Hans: «En Gmunden no». (Esto no es verdad.) «En Gmunden yo tenía mis cosas, una huerta tenía en Gmunden, y también niños».

* {Por «*Widder*», «carnero»; «*Wieder*» significa «de nuevo».}

Yo: «¿Puedes recordar cómo tuvo la vaca al ternero?».

Hans: «Oh, sí. Vino con un carro» (sin duda, lo que se le dijo en ese momento en Gmunden; por otra parte, un golpe contra la teoría de la cigüeña) «y otra vaca lo exprimí del trasero». (Esto es ya el fruto del esclarecimiento, que él quiere armonizar con la «teoría del carrito».)

Yo: «No es verdad que haya venido con un carrito; ha salido de la vaca que estaba en el establo».

Hans cuestiona esto, dice que ha visto el carro a la mañana temprano. Le hago notar que probablemente se lo contaron, alguien le dijo que el ternero vino en el carro. Al final lo concede: «Es probable que me lo haya dicho Berta o no... o quizás el dueño de la casa. El estaba ahí y todavía era de noche, por eso es cierto como yo te lo he dicho, o me parece que nadie me lo ha dicho, me lo pensé a la noche».

Si no me equivoco, al ternero se lo llevaron en carro; de ahí la confusión.

Yo: «¿Por qué no te pensaste que lo trajo la cigüeña?».

Hans: «Pues no me lo he pensado».

Yo: «¿Pero sí te pensaste que la cigüeña ha traído a Hanna?».

Hans: «A la mañana temprano» (del día del parto) «me he pensado eso. — Escucha, papi, ¿estaba el señor Reisenbichler» (el propietario) «presente cuando el ternero salió de la vaca?».⁴⁹

Yo: «No sé, ¿lo crees tú?».

Hans: «Sí lo creo... Papi, ¿has visto ya muchas veces cómo un caballo tiene algo negro en la boca?».

Yo: «Lo he visto a menudo por la calle en Gmunden».⁵⁰
— ¿En Gmunden estabas a menudo en la cama con mami?».

Hans: «Sí».

Yo: «¿Y entonces te has pensado que eras el papi?».

Hans: «Sí».

Yo: «¿Y entonces le has tenido miedo a papi?».

Hans: «*Tú sabes todo, yo no he sabido nada*».

Yo: «Cuando Fritzl se cayó te has pensado que ojalá papi se cayera así, y cuando el corderito te ha topado,

⁴⁹ Hans, quien tiene razones para desconfiar de las comunicaciones de los adultos, sopesa aquí si el propietario es más fidedigno que el padre.

⁵⁰ He aquí el nexo: Durante mucho tiempo el padre no quiso creerle eso sobre lo negro en la boca de los caballos, hasta que al fin se verificó [cf. pág. 58].

que ojalá topara a pápi. ¿Te acuerdas del entierro en Gmunden?». (El primer entierro que Hans vio. A menudo se acuerda de ello, sin duda alguna un recuerdo encubridor.)

Hans: «Sí. ¿Qué había con ello?».

Yo: «Que ahí te has pensado que ojalá el papi muriera, entonces tú serías el papi».

Hans: «Sí».

Yo: «En verdad, ¿a qué carruajes sigues teniéndoles miedo?».

Hans: «A todos».

Yo: «Eso no es verdad».

Hans: «A coches de plaza, los de un solo caballo no. A diligencias, a carros de carga, pero sólo cuando van cargados, pero si están vacíos no. Cuando es un caballo y va todo cargado, yo tengo miedo, y cuando son dos caballos y van todos cargados, yo no tengo miedo».

Yo: «¿A las diligencias les tienes miedo porque hay tanta gente adentro?».

Hans: «Porque llevan mucho equipaje en el techo».

Yo: «Y mami, cuando tuvo a Hanna, ¿no ha estado también toda cargada?».

Hans: «Mami volverá a estar toda cargada cuando vuelva a tener uno, hasta que vuelva a crecerle uno, hasta que de nuevo uno esté ahí adentro».

Yo: «Eso te gustaría».

Hans: «Sí».

Yo: «Has dicho que no quieres que mami tenga otro hijo».

Hans: «Así no estará más cargada. Mami ha dicho que si mami no quiere ninguno, tampoco lo quiere el buen Dios. Si mami entonces no quiere ninguno, no tendrá ninguno». (Desde luego, Hans ha preguntado ayer si en mami hay todavía hijos. Le he dicho que no, si el buen Dios no quiere tampoco le crecerán.)

Hans: «Pero mami me ha dicho que ninguno más le crecerá si ella no quiere, y tú dices que si *el buen Dios* no quiere».

Le dije entonces que es como yo se lo he dicho, sobre lo cual observó: «¿Tú estabas presente? Sin duda lo sabes mejor». Así ponía en tela de juicio a la mamá, y ella restableció la concordancia manifestándole que si ella no quería, tampoco lo quería el buen Dios.⁵¹

⁵¹ «*Ce que femme veut Dieu veut*». Con su perspicacia, Hans ha descubierto, otra vez, un problema muy serio. [Todo el pasaje que co-

Yo: «Me parece, tú sin embargo deseas que mami tenga un hijo».

Hans: «Pero yo no lo tendré».

Yo: «¿Pero lo deseas?».

Hans: «Desearlo, sí».

Yo: «¿Sabes por qué lo deseas? Porque te gustaría ser el papi».

Hans: «Sí... ¿Cómo es la historia?».

Yo: «¿Qué historia?».

Hans: «Un papi no se consigue ningún hijo, ¿cómo es la historia entonces de que a mí me gustaría ser el papi?».

Yo: «Te gustaría ser el papi y estar casado con mami, te gustaría ser tan grande como yo y tener un bigote, y te gustaría que mami tuviera un hijo».

Hans: «Papi, y hasta que yo esté casado sólo me conseguiré uno, si yo quiero, si yo estoy casado con mami, y si no quiero ningún hijo el buen Dios tampoco lo querrá, si yo me he casado».

Yo: «¿Te gustaría estar casado con mami?».

Hans: «¡Oh, sí!».

Se nota con claridad cómo la felicidad en la fantasía se le estropea aún por la incerteza acerca del papel del padre y la duda sobre quién gobierna la obtención de los hijos.

Al anochecer de ese mismo día dice Hans, cuando lo acuestan: «Escucha, ¿sabes qué hago ahora? Ahora juego todavía hasta las 10 de la noche con Grete, que está conmigo en la cama. Siempre están mis hijos conmigo en la cama. ¿Puedes decirme cómo es eso?». Como tiene ya mucho sueño, le prometo que mañana lo escribiremos, y él se duerme.

De las notas anteriores resulta que Hans, desde su regreso de Gmunden, siempre ha fantaseado con sus «hijos» [p. ej., pág. 13], conversa con ellos, etc.⁵²

mienza en «Desde luego, Hans ha preguntado...» y termina en «tampoco lo quería el buen Dios» debería ir quizás entre paréntesis, ya que es un relato de lo ocurrido el día anterior. Cuando los traductores del libro al inglés {Alix y James Strachey} consultaron a Freud sobre esto, en 1923, convino en que probablemente fuera así, pero prefirió no modificar el texto por ser una transcripción del informe del padre.]

⁵² No hay ninguna necesidad de suponer aquí en Hans un rasgo femenino de añoranza por tener hijos. Puesto que él, como hijo, ha tenido arrobadoras vivencias junto a la madre, ahora repite esto en un papel activo, para lo cual no puede menos que hacer él mismo el papel de madre.

El 26 de abril le pregunto, pues, por qué habla siempre de sus hijos.

Hans: «¿Por qué? Porque me gusta tanto tener hijos, pero nunca me lo deseo, no me gusta tenerlos». ⁵³

Yo: «¿Te has imaginado siempre que Berta, Olga, etc., son tus hijos?».

Hans: «Sí, también Franzl, Fritzl y Paul» (sus compañeros de juego en Lainz), «y Lodi». (Este es un nombre inventado: su hijo preferido, de quien habla más a menudo. — Destaco aquí que la personalidad de Lodi no existe sólo desde hace algunos días, o sea, desde la fecha del último esclarecimiento [24 de abril].)

Yo: «¿Quién es Lodi? ¿Está ella en Gmunden?».

Hans: «No».

Yo: «¿Existe una Lodi?».

Hans: «Sí, yo ya la conozco».

Yo: «¿Quién es, pues?».

Hans: «Esa de ahí, que yo tengo».

Yo: «¿Y cómo es ella?».

Hans: «¿Cómo? Ojos negros, pelo negro... la he encontrado una vez con Mariedl» (en Gmunden) «cuando he ido a la ciudad».

Cuando quiero saber algo más preciso, resulta que esto es un invento. ⁵⁴

Yo: «¿Has pensado, entonces, que tú eres la mami?».

Hans: «Yo era realmente la mami».

Yo: «¿Y qué has hecho con los hijos?».

Hans: «Los he dejado dormir junto conmigo, nenas y nenes».

Yo: «¿Todos los días?».

Hans: «Bueno, claro».

Yo: «¿Has hablado con ellos?».

Hans: «Cuando todos los niños no entraron en la cama, puse unos sobre el sofá y otros en el cochecito; como todavía sobaban, los llevé al suelo y los puse en la cesta; todavía había niños y los puse en la otra cesta».

Yo: «¿Entonces las cestas de cigüeña estaban en el suelo?».

Hans: «Sí».

⁵³ Esta contradicción tan llamativa es la que va de fantasía a realidad: desear y tener. Sabe que en realidad es hijo, y otros hijos no harían más que molestarlo; en la fantasía es madre y le hacen falta hijos con quienes repetir las ternuras que él ha vivenciado.

⁵⁴ No obstante, bien podría ser que Hans elevara a la condición de ideal un encuentro casual en Gmunden, ideal que por lo demás copia a la madre en el color de ojos y cabellos.

Yo: «¿Cuándo tuviste los hijos? ¿Ya estaba Hanna en el mundo?».

Hans: «Sí, desde hacía mucho tiempo».

Yo: «Pero, ¿de quién te pensaste que tenías los hijos?».

Hans: «Bueno, de mí».⁵⁵

Yo: «Pero en aquella época no sabías que los hijos vienen de alguien».

Hans: «Me he pensado que la cigüeña los traía». (Evidente mentira y subterfugio.)⁵⁶

Yo: «Ayer estaba Grete contigo, pero tú ya sabes que un varón no puede tener hijos».

Hans: «Bueno, sí, pero yo creo eso».

Yo: «¿Cómo llegaste al nombre “Lodi”? Ninguna nena se llama así. ¿Quizá “Lotti”?».

Hans: «Oh, no: Lodi. No sé, pero es un lindo nombre».

Yo (en broma): «¿Te refieres acaso a un *Schokolodi* {chocolatín}?».

Hans (replica enseguida): «No, a un Saffalodi...⁵⁷ porque me gusta mucho comer salchichas, también salame».

Yo: «Escucha, ¿un Saffalodi no se parece a un *Lumpf*?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Y qué aspecto tiene un *Lumpf*?».

Hans: «Negro. Tú lo sabes». (Señala mis cejas y mi bigote.) «Como esto y esto».

Yo: «¿Y como qué más? ¿Redondo como un Saffalodi?».

Hans: «Sí».

Yo: «Cuando estás sentado en la bacinilla y ha venido un *Lumpf*, ¿te has pensado que tenías un hijo?».

Hans (riendo): «Sí, ya en la calle X y también aquí».

Yo: «¿Sabes cómo se han tumbado los caballos de la diligencia? [Cf. págs. 43 y sigs.] El carruaje se veía como una cesta de hijos, y cuando el caballo negro se tumbó era...».

Hans (completando): «... como cuando uno tiene un hijo».

Yo: «¿Y qué te pensaste cuando el caballo hizo burllo con las patas?».

⁵⁵ Hans no puede hacer otra cosa que responder desde el punto de vista del autoerotismo.

⁵⁶ Son hijos de la fantasía, o sea, del onanismo.

⁵⁷ *Saffaladi* = salchichón ahumado. Mi mujer suele contar que su tía dice siempre «Soffilodi», y es posible que Hans la haya escuchado. [Nota del padre.]

Hans: «Bueno, cuando yo no quiero sentarme en la bacinilla y prefiero jugar, yo hago un barullo así con los pies». [Cf. pág. 46.] (Patalea.)

Por eso le interesaba tanto saber si se tienen los hijos de *buen* o *mal grado*.

Hans juega hoy de continuo a cargar y descargar cestas de equipaje, y desea como juguete una carreta con tales cestas. Enfrente, en el patio de la Aduana, le interesó sobre todo la carga y descarga de los carros. Además, se asustó con la mayor violencia cuando un carro, ya cargado, hubo de partir: «Los caballos se caerán»⁵⁸ [pág. 40]. A los portones del cobertizo de la Aduana les llamaba «agujero» (el primero, segundo, tercer... agujero). Hoy dice «agujero de trasero».

La angustia ha desaparecido casi por completo, sólo quiere permanecer en la proximidad de la casa para tener un camino de regreso si hubiera de atemorizarse. Pero ya no se refugia en la casa, permanece siempre en la calle. Como sabemos, la enfermedad empezó cuando él se volvió llorando del paseo; y cuando una segunda vez se lo construyó a ir de paseo, llegó sólo hasta la estación Hauptzollamt del ferrocarril metropolitano, desde la cual todavía se ve nuestra vivienda. Naturalmente, a raíz del parto de la mamá él fue separado de ella, y la angustia de ahora, que le impide abandonar las proximidades de la casa, es todavía la añoranza de entonces.

30 de abril. Como Hans vuelve a jugar con sus hijos imaginarios, le digo: «¿Cómo es que todavía viven tus hijos? Ya sabes que un varón no puede tener hijos».

Hans: «Lo sé. Antes yo era la mami, *ahora soy el papi*».

Yo: «¿Y quién es la mami de los niños?».

Hans: «Bueno, mami, y tú eres el *abuelo*».

Yo: «O sea, te gustaría ser tan grande como yo, estar casado con mami, y que ella tuviera entonces hijos».

Hans: «Sí, eso me gustaría, y la de Lainz» (mi madre) «es entonces la abuela».

Todo termina bien. El pequeño Edipo ha hallado una solución más feliz que la prescrita por el destino. En lugar de eliminar a su padre, le concede la misma dicha que ansía para sí; lo designa abuelo, y también a él lo casa con su propia madre.

⁵⁸ ¿Acaso no se le llama «*niederkommen*» {«bajar de»} al acto de parir?

El 1º de mayo a mediodía, Hans acude a mí y dice: «¿Sabes una cosa? Escribámosle algo al profesor».

Yo: «¿Qué es?».

Hans: «Esta mañana he ido con todos mis hijos al inodoro. Primero he hecho *Lumpf* y pipí, y ellos han mirado. Luego los senté en el inodoro, y ellos han hecho pipí y *Lumpf* y yo les he limpiado el trasero con papel. ¿Sabes por qué? Porque me gusta mucho tener hijos, entonces me gusta hacerles todo: llevarlos al inodoro, limpiarles el trasero, todo lo que se hace con los hijos».

Tras la confesión de esta fantasía, es imposible poner en entredicho el placer que en Hans se anuda a las funciones excrementicias.

A la tarde se aventura por primera vez hasta el parque. Como es 1º de mayo, transitan menos carruajes que de ordinario, pero, de todos modos, antes su número habría bastado para intimidarlo. Está muy orgulloso de su hazaña; tras la merienda, me veo precisado a ir de nuevo con él al parque. Por el camino nos cruzamos con una diligencia, que él me enseña: «¡Mira, un carruaje de cesta de cigüeña!». Si, como está planeado, vuelve a ir conmigo mañana al parque, la enfermedad se podrá considerar curada.

El 2 de mayo por la mañana temprano acude Hans: «Escucha, me he pensado hoy una cosa». Primero la tiene olvidada, luego la cuenta en medio de considerables resistencias: «*Ha venido el instalador y con unas tenazas me ha quitado primero el trasero y después me ha dado otro, y después el hace-pipí*. El ha dicho: “Enseña el trasero”, y yo he tenido que darme vuelta, y él lo ha quitado y luego ha dicho: “Enseña el hace-pipí”».

El padre aprehende el carácter de la fantasía de deseo y no duda ni un momento acerca de la única interpretación autorizada.

Yo: «El te ha dado un hace-pipí *más grande* y un trasero *más grande*».

Hans: «Sí».

Yo: «¿Como los de papi, porque te gustaría ser el papi?».

Hans: «Sí, y también me gustaría tener unos bigotes como los tuyos y ese pelo» (señala el de mi pecho).

La interpretación de la fantasía relatada hace algún

tiempo —viene el instalador y destornilla la bañera y luego le mete un taladro en la panza [pág. 55]— se rectifica de la siguiente manera: La bañera grande significa el «trasero»; el taladro o destornillador, como ya se indicó en aquel momento, es el hace-pipí.⁵⁹ Son fantasías idénticas. También se nos abre un nuevo acceso al miedo de Hans a la bañera grande, que por lo demás ya ha cedido: Le desagrada que su «trasero» sea demasiado pequeño para la bañera grande.

En los días siguientes, la madre toma repetidas veces la palabra para expresar su alegría por el restablecimiento del pequeño.

Complemento del padre, una semana después:

Estimado profesor: Querría aportar aún los siguientes complementos al historial clínico de Hans:

1. La mejoría tras el primer esclarecimiento no fue tan completa como yo acaso la presenté [pág. 26]. Es verdad que Hans salió a pasear, pero sólo constreñido y con gran angustia. Una vez fue conmigo hasta la estación Hauptzollamt, desde donde se ve todavía la vivienda, y no se pudo llevarlo más lejos.

2. Sobre «jugo de frambuesas», «fusil para disparar» [pág. 33]: Jugo de frambuesas toma Hans a raíz de la constipación. «Disparar» {«*Schiessen*»} y «cagar» {«*Scheissen*»} es una permutación de términos corriente en él.

3. Hans tenía más o menos 4 años cuando fue separado de nuestro dormitorio y se le dio una habitación propia.

4. Le queda un resto que ya no se exterioriza en miedo, sino en una pulsión normal de preguntar. Las preguntas se dirigen las más de las veces a saber con qué se construyen las cosas (tranvías, máquinas, etc.), quién

⁵⁹ Quizá sea lícito apuntar que el «*Bohrer*» {«taladro»} no se ha escogido sin referencia a «*geboren*» {«nacido»}, «*Geburt*» {«nacimiento»}. Así, el niño no haría distingo entre «*gebohrt*» {«taladrado»} y «*geboren*» {«nacido»}. Acepto esta conjetura que me ha comunicado un experto colega, pero no sé decir si estamos aquí frente a un nexo universal más profundo o al mero aprovechamiento de una contingencia de la lengua alemana. También Prometeo (Pramantha), el creador del hombre, es etimológicamente el «taladrador, perforador». Cf. Abraham, *Traum und Mythos*, 1909.

las hace, etc. Lo característico es que Hans casi siempre hace la pregunta aunque él mismo ya se haya dado la respuesta. Sólo quiere certificarse. Cierta vez que me fatigó con sus preguntas y le dije: «¿Crees acaso que yo puedo responder a todo lo que me preguntas?», él respondió: «Bueno, como has sabido lo del caballo, he creído que también sabías esto».

5. Hans sólo habla históricamente de su enfermedad: «Cuando tenía la tontería».

6. El resto no solucionado es que Hans se devana los sesos para averiguar qué tiene que ver el padre con el hijo, puesto que es la madre quien lo trae al mundo. Se lo puede inferir de preguntas como: «¿No es verdad que también soy *tuyo*?». (Quiere decir, no sólo de la madre.) No tiene en claro la razón por la cual me pertenece. En cambio, no poseo ninguna prueba directa de que él, como usted opina, haya podido espiar un coito entre los padres.

7. En una exposición del caso quizás habría que llamar la atención sobre la violencia de la angustia, pues de otro modo se diría: «De haberle dado una buena paliza, seguramente habría salido de paseo».

Yo agrego, a modo de conclusión: con la última fantasía de Hans quedaba superada también la angustia proveniente del complejo de castración, la expectativa penosa daba la vuelta hacia una de dicha. En efecto, el médico [cf. pág. 9], instalador, etc., viene, quita el pene, pero sólo para dar a cambio uno más grande. Por lo demás, nuestro pequeño investigador ha hecho muy temprano la experiencia de que todo saber es un fragmento y de que en cada estadio queda un resto no solucionado.